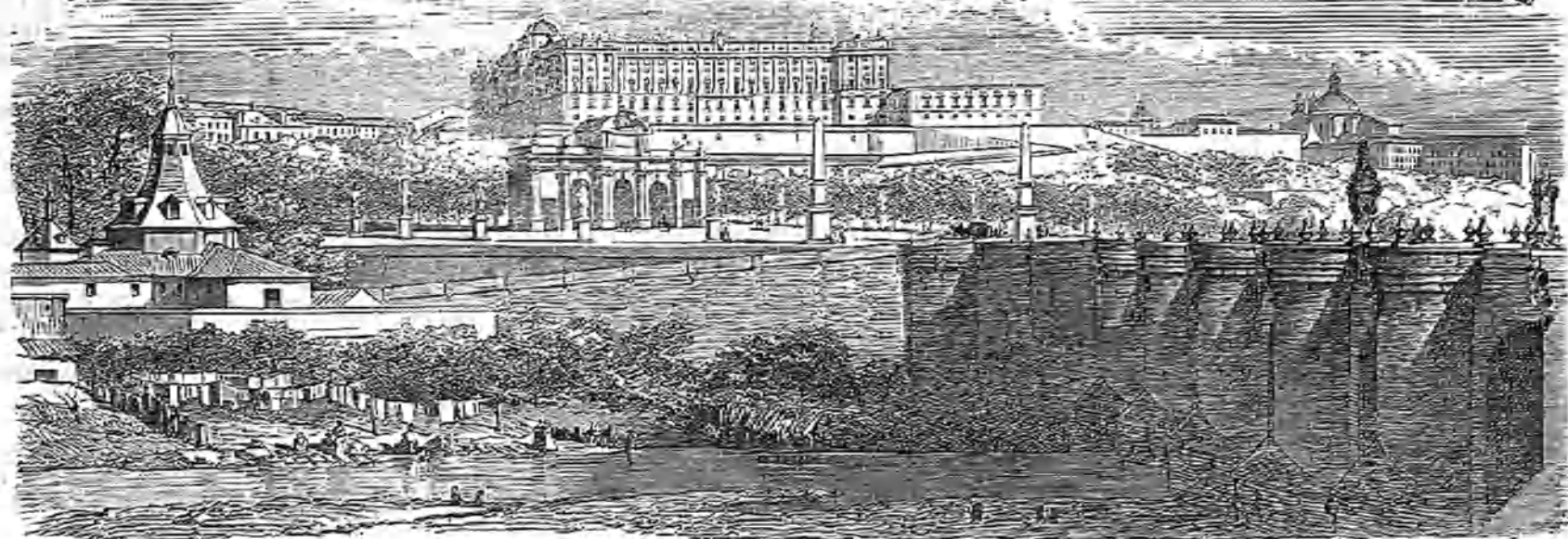


# LA ILUSTRACION DE MADRID



## REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE JUNIO DE 1871.

NÚM. 36.

### SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernádez Flores.—El sepulcro de Cisneros, por D. Roman Gascórraga.—Un arqueólogo del antiguo régimen en el Museo Arqueológico Nacional: por don Fernando Palgato.—Grenada, por Mr. E. de Paris, traducción de D. V. Barrientes.—Pincóres inocentes, por D. Fernando Martín Redondo.—Estado de la literatura en España y principales causas de su decadencia, por D. Pablo Nougués.—El tonel de cerveza, cuento, por D. José Fernández Drevion.—Excmo. Sr. D. Constantino de Ardanaz, por D. Antonio Pabó.—Portada del palacio de Cisneros.—Bibliografía.—La creación, por G.—Cartas acerca de la ópera en España dirigidas á M. Karl Pitters. Carta segunda, por D. Antonio Peña y Godí.

GRABADOS.—El cardenal Cisneros, dibujo de D. F. Pradilla.—Excmo. Sr. D. Constantino de Ardanaz, dibujo de D. Alfredo Pareja.—Sucesos de París. Barricada defendida por mujeres, croquis de Mr. Raoul Letendre, dibujo de D. J. L. Fellicer.—Portada del palacio del cardenal Cisneros, dibujo de D. F. Pradilla.—Sepulcro del cardenal Cisneros, dibujo del mismo.—Sucesos de París. Una barricada, croquis de Mr. Raoul Letendre, dibujo de D. J. L. Fellicer.—Sucesos de París. Grupo de prisioneros, croquis del mismo, dibujo de D. A. Pareja.

preciosos alrededores, buscando el rico cesaron de esmeralda bordado de palacios y quintas que le ceñía en la extensión de algunas leguas, ¡oh, qué dolor! ¡Cuántas casitas, cuántos jardines destrozados por los cañones de los prusianos ó de los franceses. Apenas queda en pie una de las pequeñas torrecillas que se ostentaban en aquellos edificios en otro tiempo y desde las cuales en las tardes de los domingos saludaban los tenderos de

París á sus parroquianos, si por allí pasaban, con ese aire feudal del que posee el secreto de convertir las judías en perlas y el café molido en polvo de oro!

Esta gran tristeza nuestra, era mayor aún cuando recordábamos que en París hay una inmensa población que vivía de la concurrencia universal de viajeros. ¿Qué será de estos zanganos del amor y el interés si ha venido el oyo y ha destruido la colmena? nos decíamos.

Por fortuna, los diarios de París nos tranquilizan. París recobra su animación de otro tiempo. Los extranjeros que la visitaron en vida quieren ver el cadáver de la gran ciudad, y los industriales y especieros se proponen hacerles pagar caro este homenaje fúnebre. Las damas y camareros polígotos que en otros tiempos hacían de su jovial sonrisa el anzuelo con que extraían al inglés, al ruso, al americano y al español hasta el último franco, estarán hoy vestidos de luto y con faz dolorida. Seguramente todos ellos serán restos vivientes de sus respectivas familias. Sus ayes enternecerán como enternecían antes sus sonrisas. Y allí donde todo se explota se explotará el género horrible.—¡Mi padre, os dirá alguna dama de *Madrid*, fué quien prendió fuego á las Tullerías! (Yo, añadirá bizarramente mirándose con ojos devoradores, unte de petróleo medio París! Hecha prisionera por los *bandidos* de Versalles, iba á ser fusilada con otras dos mil compañeras, pero el jefe del peloton que debía ejecutar la fatal sentencia sintió al mirarme que el corazón se le incendiaba como si también le tuviera unteado de petróleo y me salvó.—Después de una relación de este género, niegue Vd., si puede, á semejante heroína su admiración, su amor y su bolsa.



EL CARDENAL CISNEROS.

### ECOS.

Hace poco, cuando París era sucesivamente bombardeado por los prusianos, los republicanos franceses y los comuneros, no podíamos menos de lamentar la triste suerte de la capital del mundo. Se nos representaba en la imaginación el magnífico bosque de Bolonia assolado, la plaza de la Concordia con sus fuentes y estatuas despedazadas, las Tullerías humeantes y París entero hecho ceniza y escombros. Y así volvíamos la vista á sus



A pesar de haber sufrido últimamente tres devastaciones, París está amenazado de sufrir la cuarta. Es indudable que si Europa se despuolaba por ver la capital de Francia, es porqué espera encontrarla bien destruida. Llegar allí y encontrarse con que todo se reduce á un centenar de casas salpicadas de balas y á unos cuantos árboles cortados á un metro de altura, sería experimentar una defecación. Si París ha de hacer su agosto en esta ocasión, necesita grandes hileras de edificios derrumbados: desiertos de ruinas. ¡Que por todas partes hablen á los ojos el incendio y la sangre! ¡Horror, muchísimo horror es lo que necesitan los parisienses este año!

A buen seguro que ellos que lo conocen desquiden la *mis en scène* de su capital. Seguro estoy que el gobierno habrá nombrado á estas horas alguna comisión artística que visite los edificios destruidos, y que procure dar á los escombros de la gran ciudad un aspecto interesante. Todo es cuestión de forma. La montañilla de una chimenea vista en un tejado no produce efecto alguno, pero encontrada en el sótano de una casa que está abierta de arriba abajo por una explosión, bien vale dos francos de propina. ¡Felix al propietario de las ruinas si sabe hacer que los curiosos se encuentren entre ellas algún caso curioso, ó tan siquiera el esqueleto de un jefe de la *Commune*! En un aparador de París hay unos pedruzcos mezclados de cristal, plata y otras materias que son una verdadera curiosidad: semejante combinación ha sido producida por el incendio. Ved, pues, á todos los sabios ávidos ya de ir á comparar esa petrificación del fuego de la *commune* con las petrificaciones que produce el fuego de los volcanes. ¡Quién sabe, se dirán, si habremos dado con los pedruzcos fundamentales de la geología? Levantar las casas de París, replantar los paseos, reemplazar sus estatuas es un crimen. ¡Una destrucción académica de París: hé aquí lo único que puede salvar la Francia!

Afortunadamente para los que acuden hoy en tropel á la capital de Francia buscando emociones, París no ha entrado aún en un período de tranquilidad. El gobierno teme que ocurran nuevos escases. Varios hechos demuestran que la *commune* no ha renunciado á sus proyectos de exterminio. Hace pocos días fueron arrestados tres hombres que rondaban el Monte de Piedad y que parecían sospechosos. Llevaban un organillo y á la policía le pareció extraordinario que aquellos hombres recorrieran una vez y otra la calle sin tocar el abultado instrumento. En efecto, no se comprende un tocador de organillo que ande cinco pasos sin dar vueltas al terrible manubrio. El no puede vivir en el silencio. Apenas pone el pié en una calle cuando un torbellino musical parece levantarse llenándola y penetrar por balcones y ventanas hasta lo más recóndito de las viviendas. Al oír los ecos de la primer sonata, la cocinera suelta el cazo, ó dejando á medio desplumar una perdiz, vuela á colgarse del antepecho de un balcon, atropellado garos y muebles; los niños de la casa corren tras ella y hasta la señora se permite mostrar á los vecinos, por entre las mal cerradas persianas, su papalina blanca ó sus rizos empapelados. Ventanas y balcones enajados de gente parecen costos rebosando fruta, y el organillista, sosteniendo con su pierna izquierda la caja resonante, y con los ojos puestos en lo más alto del cielo, da vueltas sin cesar á la mano, alegrando al concurso con sus magníficas y eternas tocatas, que suele interrumpir á menudo, dejando al público suspenso en la nota más interesante, para recoger alguna pieza de dos cuartos. Su paseo por la calle es un paseo triunfal. Con él van la armonía y los granujas del barrio. Y cuando en el frontispicio de la máquina donde fabrica música ostenta figuras de otro tiempo que se mueven y bailan alguna contradanza con menos prosopeya aún que sus originales de antaño, avanza dificultosamente, pues los chicos le rodean y estrujan, los soldados se paran, los mozos de cordel dejan la esquiva, los agentes de orden público acuden á cientos, y las criadas descienden como avalanchas desde los últimos pisos para mirar con ojos saltones el maravilloso baile de monigotas. Compréndese, por lo tanto, que la policía francesa sospechase de aquellos tres hombres que rondaban el Monte de Piedad con un organillo silencioso. Era demasiada discreción la del instrumento. Así es que determinaron secuestrarlo. Y en efecto, el organillo no contenía música, sino materias incendiarias y explosibles.

¡Menos explosibles é incendiarias, sin embargo, que esas habaneras y mazurkas con que los organillistas honrados suelen regalar nuestros oídos!

Yo no me acuerdo dónde he leído que allá, por los tiempos de Felipe IV, cuando llegaba la noche de San Juan, se componían grandes y costosos altares en las casas y se convidaba á damas y galanes para que fuesen á tomar dulces, sorbetes y aguas de limón y de guindás mientras que varios músicos tocaban diferentes instrumentos. En aquella noche, y esto es lo más interesante de mi recuerdo, al dar las doce, poníanse á rezar las doncellas delante de los altares, y una hora después, ni más ni menos, se acomodaban á las rejas ó balcones y preguntaban en alta voz, como si supieran que alguien había de contestarles:

—*Señor San Juan, ¿me casaré bien... y muy presto?*

Otros tiempos otras costumbres. Yo he recorrido todo Madrid en la noche de San Juan, llevado, más que por mis piernas, de mi amor á las tradiciones patrias, y declaro no haber oído ni una sola interpelación de aquella especie. Sin duda las damas españolas se fueron resistiendo poco á poco de la falta de costumbre de San Juan, que frecuentemente no las contestaba. Sumido el Santo en las delicias celestiales, no se cuidaba gran cosa de las condiciones ni la época del matrimonio de las bellas devotas.

Pero á inspiración surya se debe á no dudar la costumbre que en esta noche ha sustituido á la antigua, y es la de preguntarle las cosas directamente á sus novios, que suelen estar mucho mejor enterados.

\*\*\*

Decía que las costumbres varían con los tiempos. Hay en España, sin embargo, una que á pesar de los siglos se mantiene inalterable: la costumbre de tomar chocolate. Cada vuelta que da el globo señala la concesión de una nueva medalla á un nuevo fabricante. En la buena sociedad el chocolate amenaza desbancar al thé: se dan chocolates danzantes, ríentos y representantes, y en la Montaña del Príncipe Pio, y en la Fuente Castellana, y en el Retiro y en todos lados donde hay señal de la planta de un español, se establecen servicios de chocolates que, una vez fundados, toman, como el despacho de doña Mariquita, el carácter de instituciones; la literatura dramática, enana y miserable há largo tiempo, no puede ya dar un solo paso sin las muletas de las medias tostadas, y no se comprende hoy, que se hacen las representaciones dramáticas á sorbos de soconusco, como Calderón, Lope y Moratín pudieron cobrar fama de autores sin tener molinos de chocolate. ¡Qué más! hasta el empresario de los Campos Elíseos ofrece dar al público de sus conciertos matinales de bandurrias y guitarras el consabido jicarazo. ¡No me extrañaría que se concediese á la Compañía Colonial una medalla de honor en nombre de *las letras y las artes restauradas por el cacao*!

A pesar de todo, no deja de indicar cierta decadencia la costumbre que hay en todos los establecimientos gastronómicos, ya urbanos, ya rurales, de servir el chocolate excesivamente claro.

Si el tomar chocolate ha cobrado gran importancia como estímulo de las letras y de las artes, en cambio no puede negarse que degenera como acto. Al hacerse en inmensas vasijas, y servirse por cientos de jicaras, se ha prostituido.

Yo me acuerdo aún de haber visitado un convento del cual era sólo habitador cierto exaltado que, á modo de perro fiel, no había querido dejar aquella soledad. En su celda, y colocada como un centinela sobre una tosca repisa de yeso, veíase una chocolatera, pequeño edificio, reluciente como si fuese de plata, cuya tapa hendía orgullosa el asta de un esbelto molinillo. Cada fraile de la comunidad, nos dijo, tenía una chocolatera y un molinillo iguales, y gran provision, en igual número, de libras de chocolate, porque en ninguna parte como en los conventos, añadía humildemente, se ha practicado el principio de la igualdad. ¡Qué se hubiese dicho del hermano, exclamaba, que, ya por la mañana al despertarse, ya por la tarde, bien antes ó después de pasear, hubiera consentido en que ajenas manos hubieran acercado al fuego su chocolatera, batiendo sacriligamente el chocolate con su molinillo! ¡Profanación! Podía, sin embargo, invitarse á cualquier compañero á tomar el soconusco, porque la caridad es un precepto del Evangelio, pero se exigía cierta solemnidad, cierto recogimiento, como para asistir á una reunión del capítulo ó al coro.

Yo, que recuerdo estas palabras de aquel digno varón, siento cierto disgusto al ver hoy en los cafés, en las tertulias, en los teatros y en los bailes, tomar el choco-

late al propio tiempo que se ríe, se grita, se declama y se aplaude; y se me viene á la memoria aquel entonces de que me hablaba el fraile, en que sólo turbaba el silencio del acto el castañeteo y resoplidos de algún novicio atolondrado que al dar el primer sorbo en la jicara se quemaba la lengua.

El soconusco, como el rapé y el agua de naranja, se ha desnaturalizado con la desaparición de los frailes.

¡Ah, los frailes! Ignoro si os pasará lo que á mí; pero cuando leo estas dos palabras creo ver las letras moverse en el papel, extenderse, cobrar forma humana, y convirtiéndose en diminutos padres jerónimos, pasearse de dos en dos por estas cuartillas que escribo, descolgarse desde mi mesa á mis piernas, correr á lo largo de mis pantalones, tocar en tierra, y guiados por su prodigioso instinto tomar derechamente el camino de la cocina!

No puede negarse que si hoy la juventud no aboga por el restablecimiento de los conventos es porque no los ha conocido y no puede tocar sus ventajas.

Restablecidos tales como eran, en todo el esplendor de su humildad, en toda la magnificencia de su pobreza, y yo traseo desde luego mi levita y mi sombrero de copa por el hábito y la capucha.

¡Oh, qué delicia existencia! Joven aún y de aspiraciones modestas, yo entraría de logo en el convento. Mi mayor satisfacción sería repartir, todas las tardes, bajo el anchuroso pórtico, grandes pucheradas de sopa y terribles golpes de cucharón á una muchedumbre familiar.

Adornaría mi celda con estampas, cruces y escapularios, y mi ventana con jaulas de canarios y de grillos, y dormiría únicamente dos ó tres horas antes de bajar al refectorio, y otras tantas después de subir, sin perjuicio de dar al cuerpo, fatigado por laboriosas digestiones, el natural descanso por la noche.

Y cinco horas después de amanecer abriría la ventana de mi celda, dando gracias á Dios por haber concedido á la comunidad aquella dilatada huerta que ante mis ojos se desplegaría, con sus espárragos de á vara, con sus coliflores gigantesca, con sus árboles sin número de ramas venecidas al peso del fruto, y sus estanques llenos de tenca y pecas de colores.

Y luego visitaría el corral, diezmado un ejército de pollos, recogiendo un esportón de huevos y dando con todo en la cocina, donde me pasaría las horas muertas desplumando cientos de palominos.

¡Oh dolor! El soplo del tiempo apenas si ha dejado reliquia alguna de ese mundo de paz y bienestar. El rapé, el agua de naranja y el soconusco han quedado, si bien desnaturalizados; pero los frailes han desaparecido. ¡Misterios de la Providencia, que concede la inmortalidad á la más nimia receta culinaria, y hace breves y transitorias las más grandes instituciones!!!

\*\*\*

En el Parlamento inglés se ha discutido el proyecto de ley prohibiendo la venta de las bebidas espirituosas los domingos.

La oposición ha impugnado violentamente este proyecto, por ser, decía, un ataque á la libertad omnimoda que debe tener cada ciudadano de empujar el codo.

Pero la opinion general se inclinó por una solución conciliadora que consiste en cerrar más pronto que de costumbre las tabernas y abrir al público los museos.

¡Qué disparate! Habrán pensado algunos bebedores de cerveza y ginebra, ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Cerradas las tabernas, y abiertos, á modo de indemnización, los museos, habrá sin duda muchos ingleses que entrarán en ellos preguntando á los dependientes con la mayor candidez del mundo:

—¿Quiere Vd. servirnos una copita de lo bueno?

\*\*\*

He leído en los periódicos que hace poco tuvo efecto la subasta de las sillas del Prado, y que no se adjudicó á nadie por no habérselo presentado postores.

¡Cielos! ¿Se quedarán las bellas sin tener donde sentarse á pasar revista á sus adoradores y á sus rivales de este verano?

Las sillas del Prado son algo más que muebles. ¡Cuántos suspiros, cuántos tierros juramentos han escuchado! Son confesionarios del amor y trono de las tercianas.

Quítale las sillas del Prado, y emigrarán de Madrid las coquetas y los médicos.

ISIDORO FERNANDEZ FLORES.



## EL SEPULCRO DE CISNEROS.

¡Cisneros! No es posible pronunciar ó escribir este nombre que ha llegado hasta nosotros acompañado de las bendiciones de tres siglos, como la más pura, como la más brillante y la más santa de las glorias patrias, sin que se agolpen á la memoria los recuerdos de esos días en que, elevada la monarquía española por la firmeza y energía de aquel insigne varón, por la sabiduría y prudencia de sus consejos, por el acierto y oportunidad de sus empresas y por la penetración, en fin, de un incomparable genio, al colmo de su grandeza y de su colossal poderío, así brillaba por el esplendor de sus armas victoriosas en uno y otro continente como difundida por el mundo civilizado la luz de los conocimientos humanos, los progresos de las ciencias, de las letras y de las artes, echando al mismo tiempo los cimientos de una política fecunda que abría nuevos horizontes á la gobernación de los pueblos.

No voy á escribir la historia del cardenal Cisneros; ni es esta ocasión oportuna para hacerlo, ni por fortuna escasean las monografías del preclaro confesor de Isabel I redactadas por eruditísimas plumas de autores españoles y extranjeros. ¿Qué español no se envanecerá con el recuerdo de aquel famoso período histórico, verdadera edad de oro de nuestra patria? ¿Quién no conoce, además, los hechos que han inmortalizado el nombre del ministro de los Reyes Católicos, el estado de la nación y los males que la atormentaban cuando se encargó de dirigir la conciencia de la mejor de las reinas y el gobierno del más grande de los imperios?

El clero ignorante y corrompido; los magnates revolviéndose frecuentemente contra toda autoridad, y pretendiendo sobreponerse al trono; el pueblo en el estado de agitación y embrutecimiento que es consiguiente á una lucha de tantos siglos y acostumbrado á los ejemplos de inmundicia de los funestos reinados de D. Juan II y D. Enrique II; los moros de Granada agitando en medio de pavorosas conmociones; los de Africa hostilizando las costas del Mediterráneo; las villas y lugares agobiados por tributos y gabelas insostenibles, y el desorden en todos los ramos de la administración y del gobierno: hé aquí el aspecto que presentaba España cuando el humilde franciscano empuñó con mano vigorosa el timón de la, al parecer, zozobranante nave del Estado. Y sin embargo Cisneros venció gloriosamente todas esas dificultades; Granada, Oran, Mazalquivir, Argel, Navarra y Conasaagra, son otras tantas páginas de su imperecedera historia.

Cicatrizó las profundas heridas abiertas en nuestra sociedad por los trastornos y desastrosos de los anteriores reinados; restableció la armonía entre todas las clases y jerarquías; enlazó con fuertes vínculos al pueblo con la nobleza y singularmente á los nobles con el trono, asegurando y extendiendo la potestad real y dominando la altanería y bríos de aquellos; simplificó el sistema de procedimientos en lo judicial; atendió con preferencia á los armamentos marítimos; creó las milicias llamadas *gente de condensa*, en las que tuvieron su origen los ejércitos permanentes; acudió con su actividad prodigiosa á mejorar la suerte y á satisfacer las necesidades morales de las naturales de la isla La Española, y al ejercitar su fecunda iniciativa en tantas innovaciones, al atender con tan perseverante celo á tantos intereses, ya como prelado, ya como regente del reino, su ánimo no desfalleció un momento.

Empleaba el mismo ardor é igual solícitud en restablecer la autoridad de los cánones para sujetar al clero regular y al secular á las severas prescripciones de la disciplina, abriendo así anchos caminos á la virtud y cerrando antiguos y trillados senderos al vicio y á la perversión de costumbres, que los que dedicaba al fomento de las artes y de las industrias nascentes, haciendo brotar copiosas fuentes de riqueza y desarrollando gérmenes de éstas que hasta entonces nadie había utilizado; que al amparo de la humanidad desvalida, estableciendo para ella vastos y numerosos asilos de caridad, y á la fundación de monasterios, de pórticos y de escuelas; aquel genio creador inspiraba al Arcediano Medina el pensamiento de dar vida al colegio de Sigüenza, fundaba el de San Ildefonso, ó sea la Universidad Complutense, dirigía la publicación de la famosa *Polyglota* y de otras obras importantes siempre, pero más en aquellos tiempos, como las de Raynundo Lulio, Aristóteles y Herrera; concedía su inteligente y generosa protección á éste, á Labrija y á cuantos sabios florecieron en sus días; recogía con esquisito celo las preciosas joyas que encierra la biblioteca de Toledo, y, en una palabra, como prelado devolvía á la Iglesia española todo el esplendor y el respeto de que era digna por sus tradiciones y por sus merecimientos,

y como hombre de Estado daba glorioso término á la obra gigantesca de la unidad nacional edificada con sólidos materiales, que Dios no permita veamos convertidos en polvo por los modernos alarifes políticos.

En *te Domine speravi*, fueron las últimas palabras que pronunciaba fray Francisco Jimenez de Cisneros al exhalar el postrer aliento, en medio de los que rodeaban el lecho del ilustre moribundo y vertían abundantes lágrimas, el día 8 de noviembre del año 1517, en la villa de Roa, á la que se había trasladado con el Consejo y con el infante D. Fernando.

El santo cardenal, como se le llamaba en su tiempo, pasó á mejor vida en medio del luto de propios y extraños, bendecido por los españoles y admirado por los extranjeros, y los restos de aquel preclaro varón fueron trasladados, como lo había dispuesto, á la capilla de su querido Colegio Mayor de San Ildefonso, y depositado después, hacia 1530, en el soberbio sepulcro cuya copia publicamos en el presente número de nuestro periódico.

El trazado del sepulcro se debe á Micer. Dominico Florentino, escultor de la escuela de Miguel Ángel; pero habiendo muerto aquel en 1518, ántes de comenzar su obra, se encargaron de la ejecución de ella Tomás Forné y Adán Wibaldo, los cuales la llevaron á cabo en Italia con el mayor acierto.

Este magnífico mausoleo es de mármol estuario y de poco más de dos varas de alto; sobre la cama descansa la estatua yacente del cardenal vestido de pontifical, cuyo busto dista mucho de parecerse á los retratos de Cisneros que aun se conservan en buen estado en Alcalá y en Madrid; en los ángulos superiores de la urna hay cuatro esculturas que representan á los doctores de la Iglesia, y en el centro de los tableros otros tantos graciosos medallones; á uno y otro lado de éstos, diversas figuras de santos, ángeles, etc., etc., colocadas en sus hornacinas. Exornan la obra detalles preciosos en relieves, grifos, festones, niños, follaje y quimeras, y por último, dos ángeles colocados á los pies sostienen una tabla, también de mármol, en la que se lee la siguiente inscripción:

CODICERA MVSI FRANCISCVS GRAVE LICEVM  
CÓDOR IN BEIGVO NVG BDO SACROPHAGO  
FRAXENTAN IVNVI SACCO CALEANTQVE GALERO  
FRATER DVX PRAESVI CARDINEVSQVE PATER  
QVIN VIRTVTE MBE IVCTV EST DIADEMA CVQVELLO  
QVM MIRI RESONANTI PARVIV HESPERIA  
OBIT EGAE. IV. ID. NOVEM  
M. D. XVII.

La verja de bronce que rodea al sepulcro es de gran riqueza y del mejor gusto posible, estando adornados sus balaustradas con caprichosas figurillas de cuerpo entero, con mascarones y flores; en los ángulos se alzan cuatro lindísimos jarrones, y en el pedestal de uno de ellos están grabados los versos que copio á continuación, los cuales se atribuyen á Juan de Vergara, el de la *Polyglota*:

*Adeosa marmoreis mirari desine vultus,  
Flectaque mirifica ferrea claustra manus  
Ferturum insigne curi, quae laude perennis  
Dignitas, et regni celsaque digna fuit.*

El dibujo y gran parte de la labor de esta verja son de Vergara el Viejo, y la concluyó su hijo Nicolás.

Costó la obra once mil escudos de oro, cantidad muy respetable en aquellos tiempos.

El abandono en que, por espacio de muchos años, quedó la Universidad de Alcalá, el estado ruinoso de su capilla y la humedad, creciente de día en día, que se había apoderado del sitio en que se alzaba el sepulcro de Cisneros, eran razones de mucha importancia para que se pensara en trasladarle á otro punto; y en efecto, este proyecto se realizó en 1857, colocando dicho sepulcro en la iglesia magistral de la ciudad de Alcalá de Henares, y el día 27 de abril de aquel año fueron inhumados solemnemente en la cripta de un antiguo enterramiento los venerables restos mortales del varón más grande de cuantos descuellan en los anales de la edad moderna.

Allí descansan las cenizas de Cisneros. Régias ingratitudes amargaron su vida; los flamencos celebraron su muerte, los españoles le lloraron todos, y la historia, tribunal severo é inflexible, le ha otorgado por ejecutoria, universalmente respetada, esa gloria inmarcesible que reverdece con los tiempos y que atrae sobre su nombre la veneración que ha de durar eternamente.

ROMAN GOICORROBETA.

Madrid, 27 1871.

El retrato del cardenal Cisneros, que hoy damos á luz en la primera página de LA ILUSTRACION DE MADRID, está copiado de un bajo relieve que posee la Universidad Central, la cual lo heredó de la Complutense.

## UN ARQUEÓLOGO DEL ANTIGUO REGIMEN

EN EL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

Don Pisistrato Patera fué á verme no há muchos días al Museo Arqueológico. Es D. Pisistrato hombre de más de sesenta años; color, ó más bien *peñón*—puesto que de anticuario se trata—de aquella que deposita el tiempo sobre el óstis de personas que nunca le han tenido semejante al de azucena y rosa que, según el cardenal de Retz, aquilata la belleza de las mallorquinas; mediana estatura; modales propios de aquel que está más bien hecho á tratar con antiguallas que con seres vivientes, y además del todo irresoluto, en especial cuando oye hablar de cosas actuales, sobre las que no puede decir una palabra, porque no las conoce y su criterio se extravía conforme se va alejando de la edad que él llama *de oro*, esto es, aquella en que el arte clásico vivió más noble y lleno de hermosura por Atenas y sus alrededores. Algo transige con el arte en maños de Roma, y aun se le ha visto lleno de entusiasmo, no sin mezcla de clásico remordimiento, bajo las bóvedas de las catedrales de Toledo y León, llegando á confesar, pero con voz temblona, como al temiera ver ante sus ojos las sombras de Fidias y Praxiteles, ó bien la de su tocayo Pisistrato, fundador del templo de Júpiter Olímpico en Atenas, que San Juan de los Reyes es cosa bellísima y digna de conservarse con el mayor esmero.

De aquí no pasa; y hay novedades en arqueología, por más que ambas palabras se espanten de verse juntas, que hacen perder la paciencia á Patera. Y es tan cierto, que me tenía prometido, años hace, ir al Museo Arqueológico, donde sacrifico en aras, no de piedra, pero sí del Estado, las mejores horas de mi existencia durante el día; y con todo dejó pasar casi un lustro sin poner los pies en los umbrales del antiguo Casino de la Reina. Anunciáronme al cabo su visita, y no sin aquel sobrecogimiento que experimenta todo neófito en presencia de un hombre práctico y lleno de experiencia, me propuse enseñarle el Museo. No tardé en conocer que D. Pisistrato venía preparado, y aun de tal manera conservaba ciertas cosas en la memoria, que yo fui quien tuvo más de una vez que preguntar, sobre todo á propósito de lo que eran el edificio y jardines ántes de verse consagrados, como mi humilde persona—*si parva licet*—á la ciencia arqueológica.

## I.

Miró Pisistrato, á quien llamaré así, llano y democráticamente, que en verdad tan reñido parece su nombre con el *don*, como éste con ciertos nombres en aquellos versos del arcipreste de Hita:

*Señora dama Venus, mujer de don Juan:  
Vosot duennas, amillamos yo nuestro sercador.*

Miró Pisistrato en torno, hallándose aún en la portería, y exclamó:

—Muy cambiado se halla todo; cierto que necesito ver la calle de Embajadores para persuadirme á que estoy en el edificio llamado en otro tiempo Real Casino, y más comunmente Casino de la Reina. Conservóse el vulgo este nombre, y con fundamento, pues explica por tradición lo que fué desde el principio.

—Si no estoy equivoando, dije yo, fué regalo del Ayuntamiento á una esposa de Fernando VII.

—Hijo mío, repuso Pisistrato, poniéndome la mano en el hombro y diciendo con sorna: sino está usad más al cabo de lo presente, no tiene para qué tratar de explicarme lo que ya sé. Esta posesión, que yace aquí en una hondonada con respecto á Madrid, entre la calle de Embajadores, la Ronda y el *Mundo Nuevo*, y además tiene ambas alas guardecidas con el Rastro y Lavapiés, fué regalo del Ayuntamiento de Madrid el día 26 de abril de 1818, á la reina doña María Isabel de Braganza. Tenía unas 13 fanegas, mas ahora ha tomado para sí la Escuela de Veterinaria parte del jardín, que pluguiera á Dios lo tomase todo.

—¿Tan mal quiere Vd. al Museo Arqueológico que desea verle sacrificado al útil y honrado pero prosaico ejercicio de curar animales irracionales? contesté yo, guiándole por la pequeña antesala y estrecho pasillo que sirve para uso diario del establecimiento, en vez de la entrada principal que dejamos á la derecha.

—De querencias se trata, repuso Pisistrato, y se comprende que la Veterinaria la tenga muy grande á una posesión que no parece sino de intento dispuesta para ella, mientras para museo yace de tal suerte extravada, que en vez de poner estorbos á los que vienen á verle, deberían Vds. salir á recibirles con pábilo.

Llegamos al jardín, y el anticuario se detuvo breve instante á la vista de los Dioscuros á cuyos pies mana





EXCMO. SEÑOR DON CONSTANTINO DE ARDANÁZ.

una fuentejilla, enéntas en frente, y como en medio de aquel espacio, hay otra de pilon redondo.

—No se andios Vd. de esa manera con el arte antiguo, le dije, porque ahora vamos á ver cosa distinta, y por ventura no la hallará tan buena como es, Salude á Cástor y Pollux, y sigamos adelante, ó más bien entremos por esta primera puerta á la derecha.

Volví en sí Pisistrato, y entré conmigo en el primer salon de los que encierran la séria de objetos correspondientes á la Edad-Media y tiempos modernos.

—Ven Vd., comencé á decir, está precioso arco Árabe de Toledo. Ese que ahí tiene enfrente es de Leon, donde estaba ya punto ménos que perdido en una caballeriza.

—Ya veo, repuso, que cuanto hay en esta sala es del propio arte, y aunque más ó ménos moderno, indica el mismo origen, bien lo hayan labrado artífices de tiempos en que el musulman señoreaba parte de España, ó ya cuando estaba sometido al cristiano. Esos dos arcos de la Aljafería de Zaragoza son muy notables, y dignos en verdad del lugar que ocupan.

Siguió mirando, no sin placer, cuanto en el salon habia, deteniéndose ante la loza morisca, las tinajas de Toledo, la inscripcion sepulcral que yace entre dos astrolabios, árabes tambien; vió con gusto los restos arquitectónicos, algunos de ellos de singular belleza, armas, etc.; y sin decir palabra siguió al salon inmediato. Como no contestaba á lo que yo decía, determiné esperar á que me preguntase.

Al llegar ante una hermosa cabeza de Jasueristo, de mármol, se detuvo complacido, que, en efecto, aunque tiene mutilada la nariz, es hermosa y de noble y casi divino aspecto. Revisten las paredes del salon, enbiéndolas hasta arriba, los tapices que un tiempo adornaron la iglesia del convento de Santa Teresa, al presente derribado, donde en verdad lucian más que ahora. Con todo esto, son tan buenos y tan notables por el realce, en especial de las columnas salomónicas, que vienen como á formar el primer término del cuadro, que son de lo más precioso que posee en su género el Museo Arqueológico. Tambien en aquel salon están las arcas más

modernas de la colección que hay en el establecimiento, la cual es digna de mencionarse, bien que fuera mejor comenzar á verla por las antiguas, que corresponden al arte ogival, hasta las del Renacimiento que tentamos á la vista. Todo lo miraba Pisistrato, todo lo veía, no sin agrado, pero como aquel que se reserva para cosas mejores ó que él tiene en más aprecio.

—Tienen Vds. aquí, decía, cosas de verdadero mérito. Fragmentos de ornamentación arquitectónica de suma importancia para la historia del arte, y restos de esculturas de la Edad Media y posteriores que valen mucho. Esos capiteles de columnas de la Colegiata de Mave son por extremo curiosos; ese púltito de madera de Leon, y ese trozo de sillería de Palencia, ambos de arte ogival, son muy bellos. Singulares, en verdad, que en pueblo de no muy gran importancia, como Castronrdiales, hubiera un panteon ó enterramiento cuyo ingreso cerrara esa hermosa lámina de bronce tan bien diseñada y esculpida que tenemos á la vista. La figura de tamaño natural que en ella se vé, y los adornos ogivales que cubren la



tablas son muy bellas. Bien apropiadas están estas dos ventanas de igual arte, á las del edificio del Museo. Pero veo que me he adelantado, cuando teniendo á la vista este curioso relicario del siglo xrv, no me he detenido ante él como era justo, ni ante esos fragmentos de escultura de Santa María la Vieja de Cartagena, de la misma centuria. Curiosas son estas tablas pintadas por artistas mudéjares, que formaban parte de la techumbre del castillo de Curiel.

Pisistrato leía los letreros que hay puestos, ó me escuchaba atentamente, despues de lo cual iba diciendo

el Real. De allá fueron trasladados al Museo, amparo y refugio de naufragios artístico-arqueológicos. También acompañó á los restos la estatua del rey.

—Es curiosa, exclamó Pisistrato, la forma de esos pequeños sepulcros traídos de Valencia, donde sólo se podían guardar los huesos del finado; que un cuerpo, ni aun hecho pedazos cupiera dentro. Esos restos de ornamentación visigótica, de piedra, como que aumentan, si no el carácter, lo que podríamos llamar *religio loci*, veneranda atmósfera de antigüedad... relativa, que se respira en estos lugares.

donde parecieran las famosas coronas que al presente poseen el Hotel Cluny de París—si ya no las ha consumido la llama del petróleo—y la Afmeria Real de Madrid.

Enseñé á Pisistrato preciosas cajas en figura de arquitectas, de metal y madera, dignas de verse por su antigüedad y belleza, en especial una de madera con figuras y adornos de gusto persa, de mérito notable.

—No había visto al pasar, dijo Patara, el Cristo de San Isidoro de Leon. En mis tiempos, añadió, fuera grande la risa que me habría causado la mala



SUCESOS DE PARÍS. — BARRICADA DEFENDIDA POR MUJERES  
(Croquis de Mr. Raoul Letendre.—Dibujo de D. J. L. Pellicier.)

en breves razones lo que ha podido ver el lector. Llamáronle también la atención algunos antiguos tapices, de ellos uno muy notable y bien conservado del siglo xv; armas, muebles y otros objetos distrajeron en tanto sus ojos acá y allá antes de pasar á la sala, que no es sino la antigua capilla, cuyas pechinas están pintadas por Velazquez—not the man, como dirían los ingleses; esto es, no el hombre, no D. Diego Velazquez, sino D. Zacarías, pintor de tiempos modernos, y de valía mediana aunque no despreciable.

Ya en la capilla, traspasamos la verja de hierro traída de la iglesia de Santa María cuando en derribo, deteniéndonos ante el sepulcro de doña Aldonza de Méndez, mujer del duque de Arjona, cuya estatua yacente califica la hermosura y gallardo ademán que en vida tenía sin duda la noble dama. Paralelo, arrimado á la pared, está el sepulcro de la infanta doña Leonor, nieta del desventurado Pedro I de Castilla, á quien la historia apellidó, no sin razón, el Cruel. En el mismo sitio y á conveniente altura, hay dos arquetas donde se conservan los huesos del monarca que, á la par de los restos de doña Leonor, estuvieron depositados en Santo Domingo

En resolución, enseñé á mi anticuario algunos fragmentos de adornos de piedra hallados en Guarrasar, un hermoso sepulcro cristiano, de piedra, con todo el frente cubierto de figuras en relieve, viéndose en medio de ellas las dos que representan á Adán y Eva. Más adelante se ve el vaciado de otro sepulcro cristiano con el monograma de Jesucristo en medio de labores estriadas.

Entramos al salón inmediato, donde está la cerámica, siendo notables las muestras que hay de porcelana de la antigua y afamada fábrica del Buen-Retiro, y de la inglesa de Wedgwood. Hay también loza de Valencia, Talavera, etc., y un plato ó fuente italiana de singular mérito. Empotrado en la pared se ve un establo traído de San Pablo de Bórgos, y que recuerda las obras del italiano Lucca della Robbia.

Pasado el salón, que en gran parte ocupa la sillería que estuvo en Santo Domingo el Real, y casi toda la porcelana y cristalería modernas recientemente enviadas de Palacio al Museo, se llega al último departamento de la sección que bien merece nombre de joyero. Véase allí, en efecto, joyas visigóticas y restos sobrepasera importantes de igual procedencia hallados en Guarrasar,

maña del artista; pero ya he transigido, y aunque es fuerza confesar que no hay en esa escultura lo que siempre ha sido y será belleza, en cambio la ingenua candidez con que el arte trató de esculpir la imagen del Salvador tiene un no sé qué, harto lejano por cierto de aquella incomparable hermosura del arte griego; pero como ella posee también su *quid divinum*, nacido de la fé con que el artista empleó toda su alma en la obra.

Detévosos mirando la cruz, y añadió:

—No es opinión mía, ni la primera vez que semejante pensamiento ocurre á los que tienen á la vista obras por el estilo del Crucifijo que tenemos ahí delante; pero aseguro á Vd. parece imposible que quien tanta dificultad experimentó para dar al marfil la forma, en verdad imperfecta, que le dió al tratar de hacer la imagen de Jesús, haya sido tan diestro para esculpir la cruz. Vea usted esa multitud de figuritas y pormenores tan diestra y aun graciosamente concluidos, y dígame si la cruz y la imagen no parecen obras de manos diferentes.

No caben en este lugar ni siquiera los nombres de los muchos objetos de mérito singular que estuvimos considerando llenos de placer y admiración. Armas, ta-



blas pintadas, maderas y marfil esculpidos, objetos de cristal, joyas, adornos, barajas antiguas; en resolución, finimos ojeando en media hora lo que necesitaba semanas y aun meses enteros. Por su mérito artístico, no ménos que por su belleza, fuera imposible no mencionar el precioso arcabuz, todo cubierto de granates, obra italiana, acaso de Florencia, regalada por el sultán de Marruecos á Carlos IV.

## II.

Salimos al jardín, y despues de recrear la vista en el verde césped y umbria de los árboles, al través de los cuales se descubre alegre y despejado horizonte, me miró Pisistrato con ojos de niño mimado á quien han estado distrayendo del objeto que más odia, y dijo:

—Ya sé que la seccion de Antigüedades clásicas, á la que Vd. pertenece, y el monetario están en el palacio; acaba Vd. de verme conforme y aun no pocas veces complacido, entre objetos de antigüedad... relativa. Conque vamos á nuestros griegos y romanos, y tenga ya usted compasion de mí, que bien sabe no hay para Pisistrato Patena verdadero arte, ni verdadera arqueología, más acá de Roma.

—Pues con todo eso, repliqué yo, va usted á ver cosas que tienen muy grande importancia, y muchas corresponden sobremedura á la arqueología, y mal que á usted le pese, amigo Pisistrato, hay arte también muy notable y no pocas veces bello, más acá y más allá de Roma y Grecia. Demás que si Vd. tiene en tan grande estima las antigüedades clásicas, no parece mal que deje el mejor bocodo para lo último.

Temí que el anticuario se enojase, pero sin duda venia determinado á padecer todas mis impertinencias, con lo que, sin decir una palabra, bajó la cabeza y comenzó á seguirme. Dióme lástima y le llevé hacia el mosaico, traído de Palencia, en gran parte restaurado ya, en vez de pasar adelante, dejándole á la derecha, como fuera necesario, yendo á la seccion etnográfica. Un techo sostenido con cuatro columnas presta abrigo al mosaico, en cuyo centro hay una cabeza de Medusa y correspondiendo á los cuatro ángulos se ven salmismo sendas cabezas, entre las cuales y los adornos que cubren lo demás, hay aves y cuadrúpedos de pequeño tamaño. La obra se halla en restauración, pero Pisistrato se hizo al punto cargo de todo, añadiendo que cuando el mosaico estuviera restaurado y limpio, sería cosa de ver y de muy agradable efecto. Acercóse á las inscripciones puestas á los lados, como sirviendo de marco, puso las manos en los cerdos ó javalies de piedra traídos de Avila y Segovia, ámbulos por su antigüedad de los famosos Toros de Guisando; dióme las gracias por aquella *dedicatio de miel*, como él la llamaba, y poco despues llegábatnos á la puerta del salon Etnográfico.

Entramos, y como por sus proporciones y aspecto general, no hay otro salon que con él se pueda comparar en el Museo, se detuvo el anticuario, mirando á derecha é izquierda, de frente y en derredor, y por último, dijo, tomando hacia la derecha:

—Vamos, ya me explico que en un Museo Arqueológico hayan Vds. llamado á esta seccion etnográfica. Tienen Vds., como en el Museo Británico, infinidad de objetos modernos y antiguos que pertenecian á pueblos de raza no europea, y siguiendo el ejemplo de los ingleses, tienen su *Ethnographical Room*.

—Achéme de ello, repliqué; pues cuando se creó el Museo, teniendo por director al ya difunto D. Pedro Felipe Monlau, propuse lo que Vd. vé. Teníamos multitud de objetos, sobre todo de América Meridional y Oceanía. Hay, ademas, verdaderas antigüedades de suma importancia arqueológica, como las halladas en los templos de Palenque, cuyo descubrimiento es de ayer, si con el de América se compara.

—Aquí están, dijo Pisistrato deteniéndose; tienen ustedes fragmentos tan buenos como los publicados por el abate Brasseur de Bourbourg, en su obra. Hay vida, movimiento y aun gracia en muchas de esas esculturas de relieve. Ciertó que son notables y dignas de un Museo Arqueológico.

Siguió mirando armas y utensilios de todas clases de los salvajes de América y Oceanía, admiróse de la bella labor de dos hermosas lámparas ó faroles chinoscos de madera, cuyos embutidos de plata, no sólo están dispuestos admirablemente, pero tienen mérito singular. Llamóle la atencion, y era justo, el traje de un íncas, obra admirable de finísima tela de vicuña, con adornos, que no por originales y característicos, dejaban de ser bellos de forma y colores. Detúvose también ante los ídolos de Asia, América é islas del Pacífico, no ménos que ante las armas chinas y malayas, objetos de adorno y uso diario, así de pueblos salvajes, como de chinos, indios filinos y japoneses. Todo, en suma, desde el *cris ó*

puñal que usa el musulmán de Mindanao hasta las lanzas de obsidiana, que no son sino los cuchillos de la Edad de piedra, perfeccionados, con que se sangran los indios americanos; desde el manto de plumas del cacique salvaje, al precioso vestido de seda amarilla cubierto de bordados, que usan las personas de más alta representación en China; desde la cabeza de Buda hasta los *Tun-je*; ídolos llamados así de la ciudad de Tunja, en América, donde se encuentran muchos; desde el lazo y bolas del gameho hasta las lanzas, flechas, fijas y zumbillones de las islas del mar de China, fuera tan sólo dar cuenta de otros tesoros superior á la que consista un artículo de *La Ilustración*. Mas cómo no mencionar la hermosa colección de vasos peruanos, que por sí sola bastaría á dar fama á un Museo! En ellos se pueden estudiar en gran parte, no sólo la fauna y la flora del Perú, mas también las costumbres, no siempre edificantes, de aquellos indios, á quien el P. Las Casas presentaba tantas veces por dignos del paraíso terrenal.

—Gracias tengo que darle á Vd., exclamó Pisistrato; al cabo, al cabo, no soy tan intransigente como Vd. imagina, ni es posible serlo á la vista de objetos tan carísimos é importantes como acabamos de ver. ¡Qué de horas puede pasar un hombre inteligente en este salon, viendo y estudiando el arte, religion y costumbres de tantos pueblos diversos! Pueden Vds. enseñar este salon como una de las cosas más importantes que posee Madrid.

Así lo hacemos, repuse, y si á eso se añade, por mi parte, que desde la fundación del Museo ha sido durante dos años jefe de esta seccion, bien se comprende que la mire con particular cariño. Más de una vez, y en ocasiones bien diversas, acudí á mi memoria esa cabeza de Buda, cuyo cuerpo quedó á las puertas de un templo en la isla de Java, y veo como cercándose sobre tantos y tan diversos objetos esa *axe Garuda*, á la cual miran los indios con extraordinaria veneracion. Todo en revuelto y confuso recuerdo me distrae y aun solaza, que, por ventura, tiene uno más cariño á los lugares donde ha padecido malos ratos, que á otros donde ha pasado la vida indiferente.

Peró mi anticuario ponía unos ojos tan sumisos y al propio tiempo miraba tan amenudo á la puerta, que no tuve ya más remedio sino transigir y llevarle á la seccion de antigüedades, donde, cierto, le había de ver como pez en el agua. Salimos del salon, donde habíamos sido tan bien tratados por los individuos del cuerpo que la componen como en los salones consagrados á la Edad Media, que todos, jefes, oficiales y ayudantes, son dignos por su buena crianza del lugar que ocupan, y héténos de nuevo en el jardín.

Hay en la umbria de árboles copados, sobre la verde yerba y en el conjunto de flores y arbustos, bajo la azul atmósfera del trasparente cielo de Madrid, poderoso atractivo, acaso realizado con los ídes de que son pocos los lugares amenos que rodean á la corte. Ello fué que íbamos Pisistrato y yo hablando y deteniéndonos á cada paso, cuando al través de la arboleda se veia el horizonte, cuya linea cortaban, no sin gracia, la torre y casas de Leganes y los jardines de entrambos Carabanchelas. ¡Qué hermoso es el campo! exclamó Pisistrato, que encerrado meses y meses en Madrid, apenas había visto una ó dos veces en todo el año las nevadas cumbres del Guadarrama desde la fuente egipcia del Retiro.

## III.

—*Salve, magna parens!* dijo mi anticuario al pisar los umbrales del pequeño palacio, que es el que verdaderamente ha dado el nombre de Casino á la posesion.

—Pronuncia Vd. la primera palabra, sin duda porque quisiera verla en el suelo al entrar, como en las casas romanas.

—No en verdad, me respondió, sino que aquí ya tengo esperanza de verme entre los míos... Pero, ¿qué me enseña Vd.? exclamó viendo que comenzábatnos por el salon donde están las armas, utensilios y adornos de la *Edad de piedra*.

—Ya quiero verme entre los míos y no entre los descendientes de antropiscos y microcéfalos... Esto es peor que entretenerme con objetos de antigüedad... relativa; como ya me ha cido Vd. llámarles más de una vez.

—Perdone, amigo Pisistrato, le respondí; ántes del cobre y el bronce empleaba el hombre la piedra, porque no conocia el uso de metales.

—Querrá Vd. decirme que el cincel que labró los frisos del Partenon estuvo en manos de algun descendiente de los hombres ó lo que fueran, que no conocian el uso del metal!

—Hombre, no se me enfada, repliqué; pero es el caso que la ciencia...

—¿La ciencia? exclamó fuera de sí: la ciencia geoló-

gica, que ha saltado por las bardas de la arqueología, con la aviesa intencion de ahogarla con sus abrazos; cree usted que podrá nunca emparejar con la filología, por ejemplo, que tanto y tan bien nos ayuda á los arqueólogos!

—No se alucine, amigo mio, añadió serenándose un poco; pasará el ciego entusiasmo y quedando meramente lo que daba quedar, la geología ocupará el dignísimo puesto que la corresponde entre las ciencias naturales, pero volverá á su campo, no sin haber hecho algunos servicios á la arqueología, aunque no tantos, ni con mucho, como ella pretende.

—En resolución, Vd. confiesa, le dije, que la geología puede servir de algo á los arqueólogos...

—Sí, mas no para que la pongan sobre su cabeza y dejen á su lado los estudios filológicos, artísticos é históricos, que á todos los resumen. No sigamos adelante, porque volveré á perder los estribos; pero crea Vd. que, bien sea que yo por mis años me doblegué difícilmente á ciertas novedades, que en muchos casos no lo son, sino por el modo con que las presentan; bien porque, en efecto, mi razon se opone del todo á esa especie de proclividad que Vds. dan hoy día á los estudios prehistóricos, lo que puedo decir es, que me parece no ha de tardar cierta saludable reaccion en el campo científico, que ponga las cosas en el lugar que se merecen, no quedando ya más tiempo los estudios arqueológicos postergados como al presente les veo.

—Nadie les posterga, dije yo; ántes sabe Vd. que hay en nuestros días eminentes epigrafistas, filólogos consumados, numismáticos que saben lo que tienen entre manos, cosa no poco meritoria entre los de su profesion; en suma, la ciencia arqueológica y los diferentes ramos que abraza van adelantando y adquiriendo cada día mayor importancia. Sea Vd., pues, tolerante y convenga en que la mayor parte de las armas y utensilios que hay en este salon, casi puede decirse caben dentro de la historia, en especial los que corresponden al período neolítico.

—No se vaya Vd. á enemistar con sus amigos los geólogos, me dijo Pisistrato, por quedar bien conmigo. Veámos, pues, las cosas como ellas las presentan y la arqueología las ha aceptado, porque á decir verdad, el papel de los arqueólogos en esto de cosas prehistóricas no es el que yo deseara.

—No se enoje por ello, repliqué, porque hasta ahora, ántes se van allegando datos que otra cosa. La geología y la etnografía son en este sentido excelentes auxiliares, como la arqueología lo es de la historia. Deje que se vea claro... No se ria, y vamos viendo esto ántes de pasar á nuestros griegos, romanos y á los cuales bien hacemos en añadir los egipcios, ya que no tengamos también restos de Asiria y Licia que poner á su lado. Ahí tiene Vd. los objetos del primer período de la Edad de piedra. Vea qué labor tan tosca y cuán singular es la hechura. En los ribaxos de San Isidro se hallan no pocos restos de esta clase del hombre primitivo.

Vimos, en efecto, un hacha hallada en el *delirium* de San Isidro, con otros objetos del período en que el hombre no sólo no conocia el uso de metales, pero ni aun sabia pulimentar la piedra. Luego enseñé á Pisistrato multitud de hachas de piedra bruñida y las armas y utensilios de gente escandinava, todos del segundo período, ó sea de la época neolítica, y habiéndole aquel dado desahogo al mal humor con que miraba los estudios prehistóricos, vimoslo todo en paz, y seguimos al salon inmediato.

Allí se cubrió el semblante de mi anticuario de radiante alegría, y casi me pareció verle circundado, en efecto, de un *ámbito*, aureola ó verdadero círculo de luz. Allí imperaba Pisistrato; con lo que no tuve que hacer otra cosa sino indicar alguna vez la procedencia de los objetos, oír y recoger en silencio sus palabras.

Allí acabó el diálogo entre ambos, y Pisistrato fué viendo, en silencio unas veces y otras hablando de esta manera:

—Acepto gustoso esas hachas de cobre y de bronce, así las que servian para el uso como las votivas, que, en efecto, no podian ser otra cosa que pequeñas que tomamos delante. Ahí en medio está el sepulcro de Husillos. Dejémosle para lo último, porque, á no dudarlo, es de lo mejor que tienen Vds. Armas ofensivas y algunas defensivas, siguió diciendo; el jabali, distintivo militar de los celtiberos, que le heredaron de sus inmediatos parientes los celts; puntas de lanza y de flecha; espadas falcatas. Muy notables son los ejemplares que tienen Vds. de ellas. En efecto, su forma, como de hoz, por lo que han recibido el nombre que llevan, hace creer á primera vista si sería cosa traída de Oriente; pero esas copadas se ven en nuestras antiguas monedas, y aun yo tengo la aprension, fundada, á mí parecer, de que la



hoja de la navaja de Albacete indica con su forma que proviene de aquellas antiguas armas.

Hacen Vds. bien en tener reunidos cuantos objetos han llegado á sus manos y vienen de la época romana. Pero allá arriba tienen algunos vasos griegos bastante buenos. Más cerca los quisiera, porque en la cerámica y las monedas es donde más caracterizada ha quedado la civilización de muchos pueblos. Verdad es que aquí detrás tenemos la gran civilización egipcia, que en sus buenos tiempos no conoció el uso de la moneda, por lo menos de la suerte que luego se ha conocido. Tienen ustedes algunas estatuillas de Isis muy buenas; lo mismo digo de la de Osiris, con su *ateu* ó mitra, el *pedum* ó báculo y el *látigo sagrado*. Ahí está Hóro, con el mechón de cabellos trenzado á la derecha, y llevándose el dedo á la boca en actitud de imponer silencio.

Como Pisistrato no hablaba sino de algunas cosas, pasando en silencio al lado de otras, traté de indicárselas; pero desde luego me dió á entender que las había visto mejor que yo, lo cual no tenía ningún mérito.

De las antigüedades egipcias pasábamos á las greco-romanas, no sin volver de nuevo á aquellas. Así, tan pronto hacia Pisistrato una observación sobre una *clavis lacónica*, llave que los griegos decían inventada en Laconia, pero que más bien lo fué en Egipto, como nos deteníamos ante algunas estatuillas de verdadero mérito, faunos, divinidades griegas ó etruscas, etc.

El puteal de mármol blanco que viene á estar con otros objetos en medio del salón, pareció muy bien á mi amigo, quien se lamentó de verle raspado en su parte superior, cosa que le hacia perder no poco, pero lo inferior se halla en muy buen estado, y recuerda, en verdad, los buenos tiempos del arte griego.

Por último, despues de ver todas las estatuillas que hay en los armarios, fíbulas, sellos, espejos y lámparas de bronce, otras armas, además de las que anteriormente habíamos visto, jarros (*scaphe*), y aun utensilios de cocina, miró Pisistrato las lámparas ó lucernas que había colgadas, y llegamos, por último, delante del sepulcro de Husillos.

—Muchas cosas habrá Vd. oído acerca del asunto que representan estas esculturas, me dijo el anticuario.

—Tantas, le respondí, que desde Ambrosio de Morales, que imaginó ver en el frente el combate de Horacios y Criacios, hasta hace pocos días, cada cual ha dicho lo que tenía por bien ó lo que alcanzaba, no siempre conforme con la importancia de lo que intentaba describir y dar á conocer. Al presente se va á publicar un trabajo muy bueno sobre este sepulcro, y como le ha escrito el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, da cierto será cosa buena y apropiada para aclarar todo género de dudas.

—Le envidio á Vd., me dijo Pisistrato, al ver mi mesa de trabajo no lejos del sepulcro, y al plé de una urna cineraria de mármol. Miró en torno, y como quien experimenta cruel dolor en separarse de su amada, puso los ojos en cuantos objetos le rodeaban, tratando de abarcarlos á la vez, y pasó al gabinete inmediato, donde le enseñé una buena cabeza de bronce y algunas reproducciones del antiguo. Luego le llevé al salón de la cerámica, y allí se mostró lleno de placer ante algunos preciosos vasos griegos pequeños y de elegante hechura, en especial los que tenían forma de *Lekylos*. Lucernas de barro cocido, urnas cinerarias de vidrio y barro cocido, ánforas y pequeños vasos de fábrica romana, muchos de los cuales no eran sino juguetes de niños, entretenieron agradablemente á Pisistrato. Seguimos al salón inmediato, donde inscripciones — una de ellas celtibéricas — mosaicos de pavimento y de pared, una preciosa urna cineraria etrusca de barro cocido, cijos, aras, poudus, tejas de la forma de *légula é imbrex* con que cubrían sus casas los romanos, algunos buenos fragmentos de escultura, revoques de pared antiguos, etc., dieron ratos no ménos entretenidos y deleitosos á mi anticuario. Iba ésta y venía, hablaba ó permanecía largo tiempo callado ante un *lekylto*, y exclamaba:

—¡Decir que ese pequeño vaso griego de tan graciosa forma sólo valía en su tiempo cuatro ó cinco reales!

Seguía adelante, tomaba, volvía de nuevo, y en todo yo nada tenía que hacer salvo el seguir sus pasos é imitar hasta cierto punto sus movimientos. Habléle del monetario, y me dijo al punto:

—Vamos allá, que yo le conozco, y hay preciosísimas monedas griegas.

Subimos, y entonces creí que Pisistrato perdía del todo la cabeza.

—¡Rato es arte, repetía sin cesar; qué relieves; pero sobre todo qué pureza de líneas la de aquellos diñuntes griegos! ¡Cuánto, no ya los hombres prehistóricos, pero ni los mismos artistas del Renacimiento, han sabido jamás expresar la gracia y la belleza artísticas como los

hijos de Atica! Roma antigua y moderna no ofrecen en este sentido si no pálido reflejo de aquellos hombres singulares, en quien Dios supo encender la llama que da vida á la hermosura. En las artes decorativas, los pueblos de raza ariana han sido maestros del género humano; mas para representar al hombre y áun para hallar el más puro y delicado gusto en los adornos, el orbe arria bandera ante el griego.

No hacia frio, pero Pisistrato sudaba, teniendo que secarse á cada momento la frente humedecida. En seguida añadió:

—No paso de las monedas griegas. Déjenle Vd. sólo y en paz con los míos... Sé que hay monedas y medallas de primer orden, conozco las monedas autónomas españolas, las bilingües, las fenicias y cartaginesas—donde se advierte notable influjo griego.—Sé que tienen Vds. muy buenas monedas romanas, y en ellas me detendré, mientras se advierte en ellas rastro de mis artistas helenos. No ignoro que son tambien muy curiosas las monedas góticas, las cristianas y árabes; conozco la dobla de Pedro I; he visto las muchas y buenas medallas que hay en el monetario... mas ¡déjeme Vd., por Dios, amigo mio! añadió, casi con lágrimas en los ojos; por el alma del buen escritor D. Pedro Felipe Monlau, primer director de este Museo; por la vida del que lo fué segundo, el insigne arqueólogo D. José Amador de los Rios; por el buen nombre literario del tercero en el orden de sucesion, y que lo es al presente, D. Ventura Ruiz Aguilera, déjeme un rato con mis monedas griegas. Si es la hora de irse, diga Vd. á los porteros que soy un pobre loco que á nadie hace dafío, pero que en viendo monedas griegas, no puede ménos de quedarse embobado ante su vista... Adios, amigo mio... Adios, hasta luego. Salí, llamé al portero, y le dije:

—Ahí dentro queda D. Pisistrato Patera. Está loco, pero es un infeliz. Dentro de un rato, entra Vd. diciéndole que es ya más de la hora y hay que marcharse.

Las demas secciones estaban cerradas; sólo los pájaros permanecían con gusto en la arbolada del jardín. En cuanto á mí, comencé á subir á buen paso la cuesta de la calle de Embajadores, deseando hallarme cuanto antes en mi casa.

FRANSCO FULGOSIO.

## GRENADE.

Sur un versant béni de la rocheuse Espagne  
Grenade étend au loin sa fertile campagne.  
Riche par la nature et par le souvenir  
du Calife vaincu lui léguant son souvenir  
Il trouva orgueilleux sur la rouge colline  
Dont les siècles chrétiens ont gardé la ruine.  
Sous des arcades brillants de feériques splendeurs  
Boabdil recevait les fiers ambassadeurs  
Où des fils du Prophète accomplissant l'office  
A des croyans soumis distribuait la justice.  
Sous des lambris baignés des parfums d'Orient  
Il semblait apporter les arts à l'Occident.  
Des marbres du palais l'eau tombait en cadence,  
Et seule de ses nuits agitait le silence.  
Mais l'orage sortit de l'Espagne du nord,  
Et des nouveaux croisés unirent leurs efforts.  
Les maures enervés de molles jouissances  
Cédèrent aux soldats du Dieu de nos souffrances,  
Et du peuple espagnol pliant sous le vieux droit,  
Le croissant d'Alhambra tomba devant la croix.

E. DE PARIEU.

## GRANADA.

### IMPROVISACION.

Sobre colina bendita  
De la montañosa España,  
Su rico manto despliega  
La hermosísima Granada.  
Los recuerdos la embellecen,

\* On voit en face de Grenade, la colline appelée *El suspiro del moro*.

\* *Alhambra*, *montagne rouge*.

\* Un viajero ilustre y distinguido, Mr. Parieu, miembro del último gabinete de Napoleón III, que presidia Emilio Olivier, ha escrito en Granada esta bella improvisación, sin duda bajo impresiones terribles; que éltambien es naufrago de una tempestad misteriosa y providencial, que en los secretos de su inspección poética asombraba quema á su pueblo con el del triste Boabdil.—Escritura elegante y pulcra, como puede verse en el artículo que la *Revista de España* de 10 de diciembre ha consagrado á su libro *Historia de la cultura política*, puesta por el

La natura la engalana,  
Y sin cesar le repten  
Las anras embalsamadas,  
El suspiro de Boabdil,  
Despedida de su alma.

Sobre esa roja colina  
Hoy de escombros salpicada,  
Tesoro del arte mora  
Para las artes cristianas,  
De aquel infeliz Califa  
Fúlgido el trono brillaba.  
Bajo esos artesonados  
De mil labores fantásticas  
Embajadas recibía  
Ó justicia administraba,  
Ante una turba de esclavos  
Por los suelos prosternada.

Perfumes fascinadores  
Que aún entre las brisas vagan,  
A las artes del Oriente  
La puerta abrieron de España.  
En su espléndido palacio  
Fuentes de mármol tiza  
Con gotear melancólico  
Sus ensueños arrullaban.

Pero bramó la tormenta  
Allá en el Norte de España,  
Que bravos pueblos cristianos  
Juntaron nueva cruzada.  
Vil era y débil el moro,  
Como espigas lo arrollaran.  
Que oponen cruces de acero  
A las corvas cimarras.  
Así la ley del Profeta  
Cayó ante la ley de gracia,  
Y hundióse la media luna  
Ante la cruz en la Alhambra.

V. BARRANTES.

## PLACERES INOCENTES.

El lunes que voy á contar me ocurrió hace ya bastantes años. Había entonces policía urbana. Figúrense ustedes si va larga la fecha!

—Digo á ustedes que me es imposible. Lo siento, pero...

—No hay pero que valga: vendrá Vd. con nosotros, ó de lo contrario perderemos las amistades. ¡No faltaba más!

—Pero si no puedo.

—¡Pues no ha de poder Vd.! Esas son disculpas. Hoy, día de San Juan, ni están abiertas las oficinas, ni se ocupa nadie de negocios, ni...

—Tengo cita con un amigo á las dos.

—Con los amigos siempre se tiene cumplido.

—Además...

—Concluyamos: usted no quiere acompañarnos, sin duda porque le desagrada nuestra compañía. ¡No es esto! Entonces no hay más que hablar.

—Me ponan Vds. en un grave compromiso. Está bien, iré donde Vds. gusten.

Este diálogo tenía lugar en Madrid el día 24 de junio de no sé que año, á las diez de la mañana poco más ó ménos, en casa de D. Toribio L.\*\*\* Los interlocutores eran el mismo D. Toribio y el que escribe esta historia. Doña Andrea, esposa de D. Toribio, y Pepita, niña de doce años, hija de D. Toribio y de doña Andrea, se hallaban presentes y no me dejarán mentir.

La casualidad, que tiene á veces bromas muy pesadas, me llevó á aquella casa en ocasión en que mi amigo D. Toribio y su apreciable familia se disponían á una excursión campestre.

—Así me gusta, dijo con visible satisfacción el dueño

destino en situación tan poética delante de Granada, los versos de Mr. Parieu son inimitables, y solo por rendir un tributo á su mérito y á su desgracia, hemos pretendido nosotros dar una idea de ellos en nuestro idioma, adoptando el metro que mas se presta á la exactitud, no sin haber antes ensayado repetidas veces el hacer una verdadera traducción, que reprodujese las bellezas del original — que insertamos aquí, para que juzguen por sí mismos de él nuestros lectores.



de la casa. Ya verá Vd., ya verá Vd. como nos divertimos. El día se presentó hermosísimo. Tomaremos un coche y saldremos á las once, porque hemos de ir lejos, lejos, al aire libre. ¡Oh! el campo es lo más delicioso... ¡No le gusta á Vd. el campo?

—¡Pech! No me disgusta; pero ¡hace tanto calor!

—No diga Vd. eso: en el campo siempre hace fresco...

Vamos, vamos, son las diez dadas y no hay que perder tiempo... A ver, Juan, continuó dirigiéndose al criado, á buscar un coche inmediatamente.

—Voy corriendo, señor.

—¡Oye! Que sea cómodo, de dos caballos y para cuatro personas.

—Está bien, señor.

—Mira, si pudieses encontrar aquel en que fuimos á Carabanchel el año pasado... Pero no te detengas, trae el primero que encuentres.

—Muy bien, señor.

El criado salió y D. Toribio dijo volviéndose á mí:

—Se ha de divertir Vd., estoy seguro... ¡Ah! ¿Dónde está Juan?

—¡Pues no le acabas de enviar á buscar el coche? contestó doña Andrea.

—¡Voto vá! Se me olvidó encargárselo... Aún se le alcanzará, á ver desde el balcón... Allí vá. ¡Eh! ¡Machacho! ¡Juan! Que no vayas á traer una berlina. Ya sabes: de dos personas y para cuatro caballos... ¡Jesús, qué cabeza le mia! Quiero decir, de dos caballos y para cuatro personas.

—¡Hombre, no des esa voz, que alborotas la calle, exclamó doña Andrea.

(La habitación de D. Toribio era un cuarto tercero, pero había entresuelo.)

Al retirarse del balcón, don Toribio apostrofó á su esposa en estos términos:

—Pero ¿qué haces, que no vas á vestirme? Remiego de tu calma y de tu genio, que son para desesperar á cualquiera. Y Vd., añadió encarándose conmigo, ¿piensa ir al campo con ese traje? Sería una locura. Yo le buscaré uno más apropiado. Ea, quítese Vd. todos esos adhesivos, la levita, el chaleco, la corbata, los guantes... ¡Le oprimen á Vd. las botas! Porque en tal caso le daría á Vd. unos zapatos de casa.

—No, señor, no hay necesidad.

—¡Ya verá Vd. como nos divertimos!

Salió D. Toribio y volvió á poco rato trayendo en la mano una especie de chaqueta de mahón. Yo salté de mi levita para meterme en la chaqueta de D. Toribio, que equivalía á meterme en chaqueta de once varas.

—Algo ancha le estará á Vd., pero así tendrá más desembarazo... Voy ahora á buscar una gorra de camino ó cualquier chisme equivalente.

—No se moleste Vd., no es preciso.

—¿Quiere Vd. estropear el sombrero en el coche? ¡No faltaba más!

D. Toribio tenía una estatura colosal (había sido guardia de Corps) y una obesidad más que mediana. Si á esto se añade que gustaba de *llevar holgada la ropa*, como él decía, puede formarse idea de la rara figura que había un individuo de cinco pies escasos de talla y no mucho más grueso que una cuerda de violín, dentro de la chaqueta de aquel honrado gigante.

—Esto puede suplir á una gorra de viaje, dijo D. Toribio volviendo á presentarse en la sala y encasquetándose un grotesco gorro de algodón, blanco y encarnado y cuya descripción, bajo el punto de vista de su forma geométrica, me llevaría más lejos de lo que permite la tolerancia de mis lectoras. Perfectamente... Ya está usted hecho un milord...

A este tiempo entraron en la habitación doña Andrea y Pepita, ataviadas con un gusto particular. Si digo que venían, con arreglo á la tecnología *fashionable* de D. Toribio, hechas unas miladys, creo haber dicho lo bastante.

—¿Está todo corriente? preguntó el ex-guardia de Corps.

—Sí, ya está todo.

—Y los chicos ¿están vestidos?

—Sí, ya están.

—¿Habeis arreglado la prevención?

D. Toribio fue interrumpido por la estrepitosa irrupción de sus dos hijos, Carlos y Federico.

—Papá, ¿cuándo nos vamos? Yo quiero ir en coche contigo, gritaba el menor, que tendría unos seis años.

—Sí, hijo, sí... Pero ¿dónde mil rayos estará aquel balaque? ¡Una hora para buscar un coche!

—Di, mamá, ¿viene D. Fernando con nosotros? decía Federico, el mayor y el más travieso de los dos. ¡Ay! mira, papá, D. Fernando se ha puesto tu chaqueta... ¡Papá!

—¿Qué quieres, hijo?... ¡Si le habrá sucedido algo!... Tanto tardar...

—Papá, mira...

—Me parece que tendré yo que salir, porque si no...

—¡Papá, papá! repetía Federico cada vez más impaciente y tirando á su padre de los faldones del levitín. ¡Papá!

—Hijo, por Dios, ¿qué quieres? Me estás mareando.

—Que D. Fernando se ha puesto tu chaqueta.

—Bien, sí, ya lo sé, déjame en paz.

—Y el gorro que llevó Juan á las máscaras, añadió Carlitos.

—¿Qué mal parece D. Fernando con la chaqueta de mi padre! exclamaba Federico.

—Y no se le ven las manos, gritaba palmoteando el más pequeño.

—Vámonos, papá, que ya es tarde.

Sonó la campanilla.

—¡Gracias á Dios! exclamó D. Toribio, lanzándose hacia la puerta. Ya era hora... Pero hombre, ¿qué palma eres!... Vamos, vamos, no perdamos más tiempo... ¡Juan!

—Señor.

—Dijiste que esperase á la puerta.

—¿Quién, señor?

—El coche.

—¿Qué coche?

—El que ha traído, hombre... Cuidado que eres cerval como tú solo.

—Pues eso le iba á decir á usted, que he corrido todo Madrid y no he hallado ninguno de dos caballos.

D. Toribio echó un terno, dió una patada en el suelo, miró al balcón (ya he dicho que era tercer piso), y sin decir más palabra... cataplum, se lanzó á la calle... por la escalera, claro está.

Pasada media hora, volvió á subir radiante de satisfacción, y anunció con solemnidad:

—El coche espera.

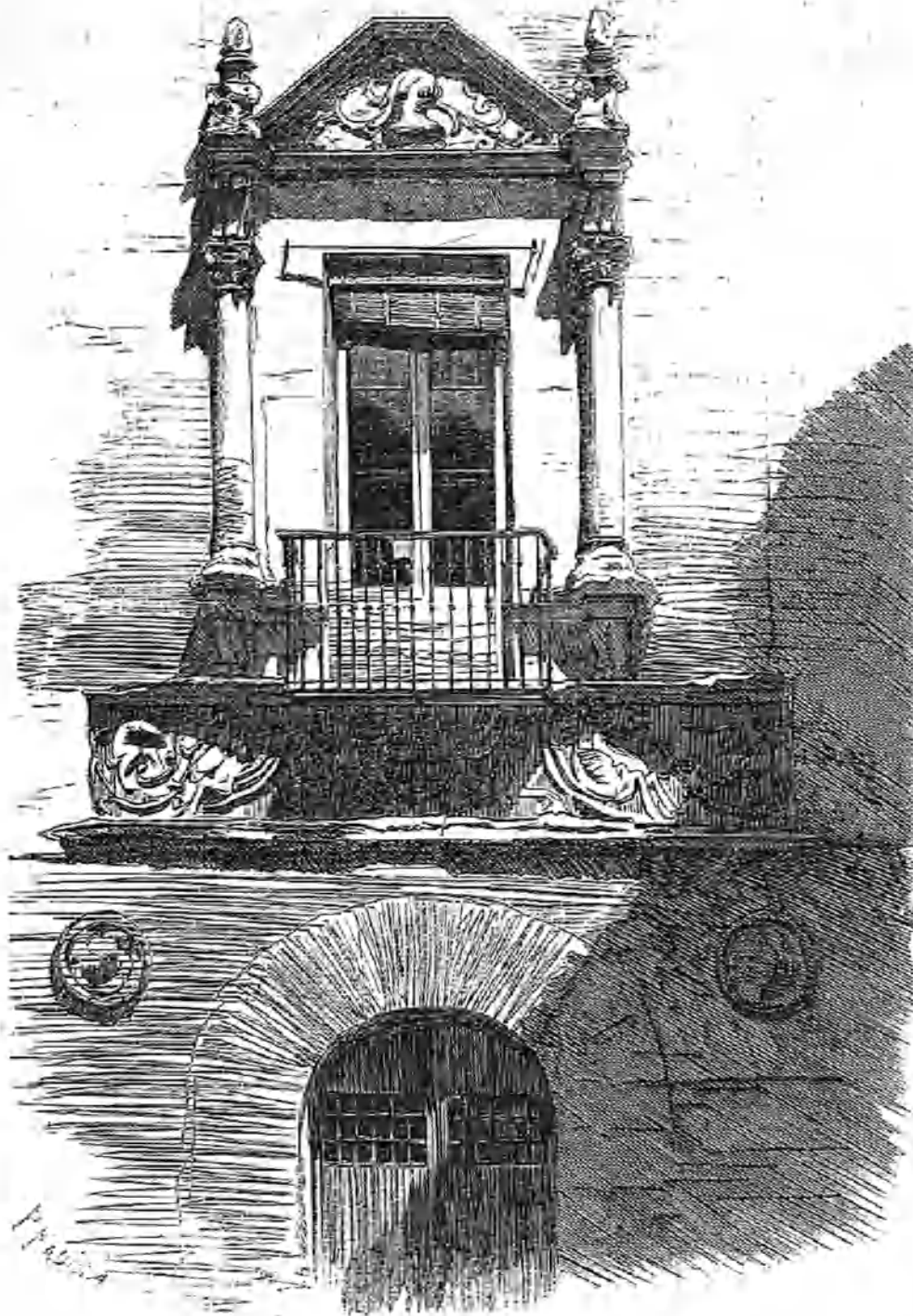
Al ver *aquello* que había llamado coche D. Toribio, me escandalicé del impudente abuso que se hace de las palabras.

—Ea, ir subiendo, dijo D. Toribio.

Doña Andrea y su hija se colocaron en la testera. Era preciso ver cómo se acomodaban las personas restantes, á saber: D. Toribio (no olviden Vds. que había sido guardia de Corps), Federico, Carlos, el cesto (no sé si este habría sido guardia de Corps, pero tenía excelentes cualidades para ello), y una chaqueta de mahón, dentro de la cual iba anchurosamente metido el que relata. D. Toribio y yo ocupamos el asiento vacante, Carlitos se acomodó sobre las rodillas de su hermana, Federico sobre las de su padre y el canasto sobre las mías.

Yo estaba corrido ante las burlonas miradas de los transeúntes, y hubiera deseado, por verme libre de ellas, que estallase una revolución, se desencadenase una tempestad ó echase á andar el coche. Al fin, y contra todas mis previsiones, sucedió esto último. El carruaje empezó á rodar majestuosamente en dirección á la Puerta de Toledo. Daban las doce en el reloj de Santo Tomás, y un termómetro de la calle de la Concepción Gerónima marcaba 32° Reaumur.

—¿Qué es eso, hombre? me interpeló D. Toribio, No



PORTADA DEL PALACIO DEL CARDENAL CISNEROS.

—Sí, hombre, sí.

—¿No se habrá olvidado nada?

—No, hombre, no.

—¿Lo habeis colocado, por fin, en el canasto grande?

—Sí, en el grande.

—Pues bien, entonces ya podemos sehar á andar.

—Pero ¿ha venido el coche?

—¡Calla! pues es verdad. ¿Qué diablos hará aquel gazzápico tanto tiempo por allá?... Y por último ¿cómo habeis puesto el pavo, asado ó en pepitoria?

—Tres veces me has hecho la misma pregunta. Ya te he dicho que asado.

—Tal vez no le gaste asado á D. Fernando. Y dirigiéndose á mí, prosiguió: ¿Cómo le gusta á Vd. más el pavo, asado ó en pepitoria?

—De cualquier modo, contesté.

—Bien, pero dígame Vd. francamente.

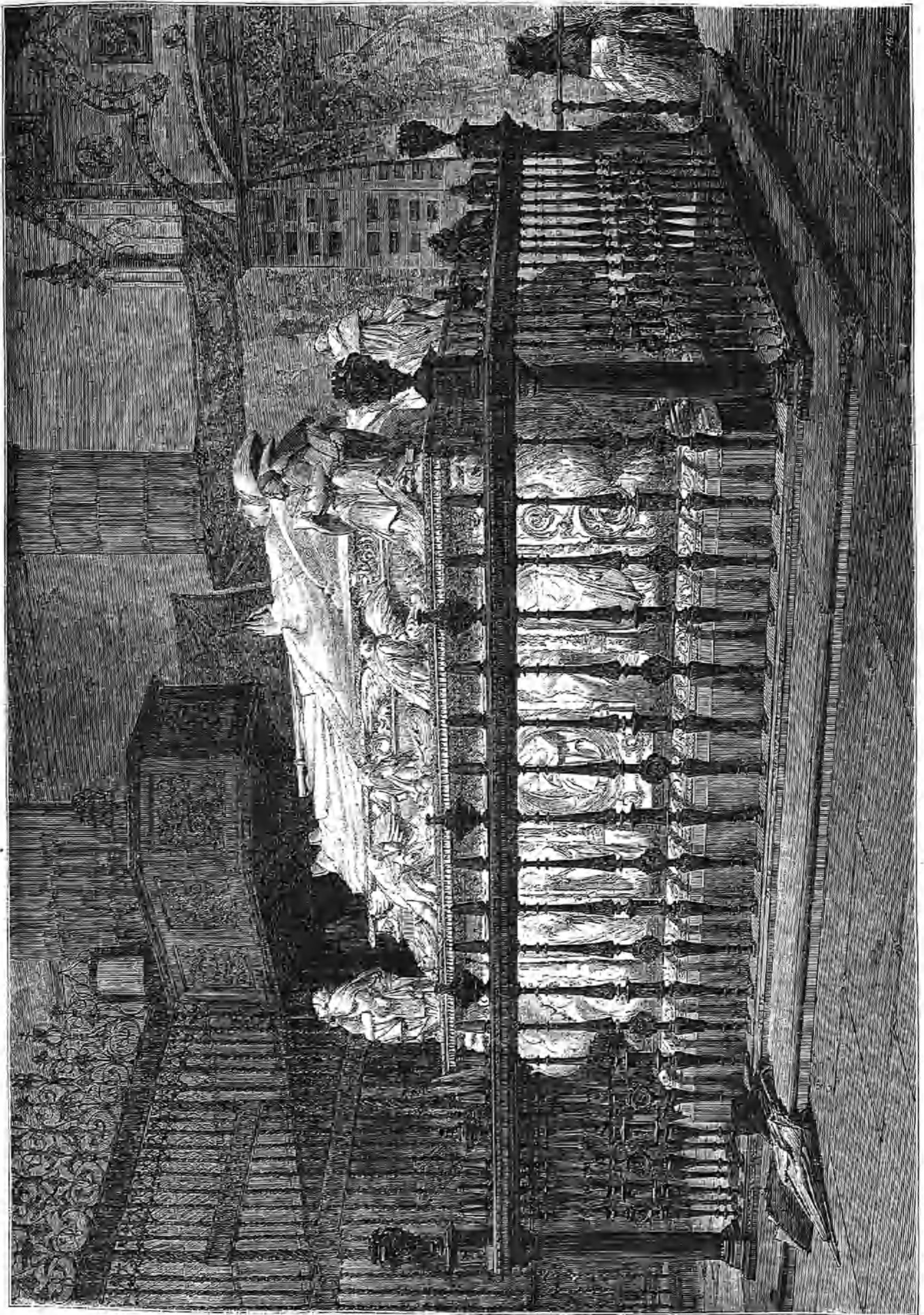
—Ya le digo á Vd. que de cualquier modo me gusta.

—Pero ¿á que le gusta á Vd. más en pepitoria?

—Si Vd. se empeña...

—¿Lo ves, mujer? Si tienes el don de errar, y eso que te lo dije: ponle en pepitoria, porque...





SEPULCRO DEL CARDENAL CISNEROS.



parece si no que va Vd. disgustado. ¿Le pesa á Vd. el costo?

—No, no señor, no es eso lo que me pesa.

—¿Qué diablo! es preciso sufrir un poco. Todo es una hora de mal camino. Despues, ¡ya verá Vd. como nos divertimos!

—¡Uí! ¡Qué calor! exclamaba doña Andrea agitando su abanico. Ha sido una locura el salir á estas horas; pero cuando te se meta una cosa en la cabeza...

—Mira, Andrea, si has de empezar con tus letanias, más vala que te vuelvas á casa... Es tontería, donde hay mujeres...

—Mamá tiene razon, decía Pepita; yo estoy sudando.

—Pues hija, aguántate; también yo sudo y soy tan bueno como vosotras... No, si yo sé esto, nos hubiéramos venido solos D. Fernando y yo.

—Y yo también, papá, decía Federico.

—Y también yo, gritaba Carlos.

—Sí, hijos, sí; pero con vuestra madre y hermana no se pueda uno divertir en ninguna parte.

Una vez fuera de la población, cuyas calles estaban por aquel tiempo casi tan mal empedradas como al presente, hizo más tolerable el movimiento del vehículo y, unos tras otros, fuimos quedándonos dormidos. Pero no habria transcurrido un cuarto de hora cuando un fuerte sacudimiento nos hizo despertar sobresaltados. Doña Andrea dió un grito terrible; Pepita se agarró al cuello de su madre, gritando también; Federico y Carlos prorrumpieron en un llanto impetuoso; D. Toribio preguntaba, restregándose los ojos, qué habia sucedido; yo quise asomar la cabeza por la portezuela y me puse en pié rápidamente, destribando el canasto, cuya pesada mole magulló los piés de mis compañeros de viaje y completó el horror y la desolacion de aquel cuadro espeluznante.

Entretanto, oíase al exterior una acalorada disputa entre nuestro cochero, que habia saltado del pescante, y el conductor de un carro-mato con el cual habia chocado el carruaje que nos llevaba.

—¡Torpe! decía el uno.

—¡Estúpido! contestaba el otro.

—No hubiera pasado esto si Vd. no hubiese estado dormido.

—Si Vd. hubiese estado despierto, esto no hubiera pasado.

—No hay peor cosa que hablar con bestias.

—El que habla con bestias será Vd.

—No me aice Vd. el gallo, porque...

—¿A que le cruce á Vd. la cara!

—¿A que no!

Y diéron principio á un duelo de latigazos, que afortunadamente terminó por lo que terminan todos los latigazos y todos los duelos; porque si fuesen eternos, ni habria garganta que los cantase ni cuerpo que los resistiese.

Poco á poco fué calmándose aquella tempestad de garrotazos fuera y amonajas dentro, y todo volvió á su puesto. Incluso el canasto, que se conocía me habia cobrado cariño.

A las dos llegamos, sin nuevo contratiempo, al sitio elegido por D. Toribio, donde debíamos empezar á divertirnos. Saltamos en tierra cubiertos de polvo, empapados en sudor, jadeando y con los piés entumecidos. A docientos pasos de distancia se divisaban tres ó cuatro árboles: tuvimos la feliz idea de preferirlos á cualesquiera otros, á pesar de su escaso follaje, porque no habia más que aquellos en dos leguas á la redonda.

Marchaba delante D. Toribio, estrechamente abrazado al canasto, á la prenda querida de su amor gastronómico. ¡Ay! cuando las pasiones se enseñorean de nuestro corazón, nos ponen una venda delante de los ojos. D. Toribio no podía ver el terreno que pisaba porque se lo impedía el canasto...

De repente, dimos un grito espantoso al ver lo hundir primero una pierna en un hoyo que oficiosamente se le ofreció al paso, balancearse despues como una torre agitada por las sacudidas de un terremoto, y por último, perder el centro de gravedad y desplomarse con estrépito.

Así caen los hombres que llevan un canasto en los brazos y las columnas que sostienen un conquistador en sus carabales: así cayó D. Toribio y así cayó la columna Vendôme.

D. Toribio se puso en pié inmediatamente sin lesion alguna; pero el desgraciado canasto no habia tenido igual suerte... Un líquido de color de sangre salía á borbotones de sus profundas heridas. Se le trasladó con toda clase de precauciones al sitio de descanso y se convino en dejarle tranquilo hasta la hora de comer, en que se le haría la autopsia.

Pasado ya el susto, D. Toribio queria que nos divir-

tiésemos á todo trance, é idéo con tal objeto los procedimientos más ingeniosos; el juego de las cuatro esquinas, la rayuela, la gallina ciega, los juegos de prendas. Doña Andrea cantó la canción de *Atala*, Pepita las seguidillas de *Gloria y peluca*, entónces en boga; Federico y Carlos recitaron fábulas de Samaniego, y el grave D. Toribio *declamó* el baile inglés con una agilidad de piernas superior á sus años. Yo no hice nada, porque todo el tiempo estuve ocupado en divertirme.

A las seis nos sentamos á comer, formando un círculo en derredor del canasto, del cual iba sacando D. Toribio las provisiones de boca. Pero á medida que se penetraba en el fondo, una exclamacion de pesur salía de todos los labios, acompañando á cada nuevo objeto que D. Toribio depositaba en tierra. Doña Andrea contenía á duras penas las lágrimas que asomaban á sus ojos, y lamentaba la torpeza de su marido, quien por su parte se preocupaba menos del deterioro de los contenidos que de las alteraciones sufridas por los contenidos.

—¡Jesús! exclamaba doña Andrea. No ha quedado cosa sana... La jarra de china, las botellas, el vaso tallado, los platos... ¡Todo se lo ha llevado la trampa!

—Sí, sí, ya le veo, contestaba su marido; pero, ¿qué lo hemos de hacer? tener paciencia.

—¡Papá! decía Federico poniendo la cara más compungida que podía.

—¿Qué quieres, hijo!

—Que me des de otro pan, porque este sabe á vino... ¡Fué, yo no quiero de este pan.

—Toma, hijo mío, decía doña Andrea. ¡Pero qué!... si todo el pan está empapado en vino... ¡Qué asco!

—No os faltarán escrupulos, murmuraba D. Toribio. ¿A que yo no dejo de comerlo por eso?

—Puedes hacer lo que quieras, pero yo no lo probaré. Sólo el olor me ataca los nervios.

—Y á mí también, decía Pepita, aplicando á la nariz el pañuelo.

—Huele como aquello que traje papá de la botica cuando la dió el patatús á mamá, gritaba Federico.

La concurrencia del niño excitó la hilaridad general, que no tardó en ser interrumpida por un agudo grito de dolor que lanzó Carlitos, llevándose al propio tiempo las manos á la boca.

—¿Qué es eso, hijo! ¿Qué tienes? le preguntó sobresaltada doña Andrea.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!...

—¿Te has mordido la lengua? decía su papá. Vaya, eso no es nada.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! gritaba el chico cada vez con más fuerza, mientras arrojaba un pedazo de tortilla que tenia en la mano.

—Pero ¿qué es eso! ¿No te gusta!

Federico no respondió, pero sacó de la boca un fragmento de botella, que sin duda iba envuelto en la tortilla, y con el cual se habia herido la lengua.

—¡Jesús! ¡Jesús! exclamaba acorada su madre. Remiengo de los días de campo y de... Haber, hijo, escupe, escupe... ¿Dónde te duele? De todo esto tiene la culpa tu padre.

—Pues ya escupa, decía cólico D. Toribio; ¿con que tengo yo la culpa!...

—Sí, tú y nadie más que tú; porque si no hubieras dejado caer el cesto...

—¿Quieres callar, con mil pares del!...

—No, no quiero callar.

—Mira, Andrea, que se me va acabando la paciencia...

Entónces me creí en el caso de interponer mi mediacion entre los avinagrados esposos, y merced á mis reflexiones, restableciéndose un tanto la calma, dejé de llorar el muchacho y siguió la comida, que no describiré minuciosamente por no alargar demasiado este artículo. Baste decir que apenas probamos bocado, porque el paladar no podía acomodarse á las extrañas combinaciones y monstruosas alianzas que habian hecho entre sí los variados manjares contenidos en el canasto. Tortilla con incrustaciones de vidrio y porcelana; pavo asado, de cuyo abdómen salió medio litro de champagne y gran porcion de dulce de cabello; truchas estabechadas revueltas con jamon en dulces; fan con aceitunas y pepinillos en vinagre... Aquello era una verdadera anarquía de comestibles y bebestibles.

Terminado el conato de comida y recogidos los pocos enseres salvados de la catástrofe, volvimos al coche y ántes de las nueve nos apeábamos á la puerta de la casa de D. Toribio. Subimos los noventa escalones, y al llegar á la puerta de la habitacion, tropezamos de manos á boca con una nueva sorpresa. Doña Andrea se habia olvidado de tomar, al salir, la llave del cuarto, y Juan se habia acordado de que era su santo y habia ido á celebrarla con Rosa, la criada, al café de Pombo. No podíamos entrar en el cuarto.

Despues de media hora de espera, D. Toribio propuso que bajásemos al cuarto segundo, donde vivia una doña Prisca, amiga de doña Andrea. Así lo hicimos, y al penetrar en la antesala, supimos que doña Prisca daba aquella noche un baile.

—Tanto mejor, exclamó D. Toribio, con eso nos divertiremos.

Si mis lectores recuerdan el extraño traje en que me encontré, juzguen cuál seria mi situacion en semejante apuro. Así que me resistí tenazmente á penetrar en la sala.

—¡Vaya unos escrupulos! decía D. Toribio. Aquí puede Vd. entrar como en mi casa; son personas de confianza.

—Pero, hágase Vd. cargo...

—Ea, adentro... ¡Ya verá Vd. como nos divertimos!

—No, no, es imposible.

—¿Cómo imposible!

Y me cogió por un brazo, decidido á arrastrarme consigo á la sala del baile.

—¡Por compasion, D. Toribio!

—No hay compasion... ¡Adentro!

Iba á consumarse el atentado. Afortunadamente, Carlitos, que se habia quedado en el descanso de la escalera, gritó desde su observatorio:

—¡Papá! ¡Mamá! Ya están aquí, ya suben. He visto á Juan que está besando á Rosa...

—¡Chiquillo! exclamó su madre escandalizada. Esas cosas no se dicen.

—¡Toma! replicó el niño, pues entónces ¿por qué las hacen?

—¿Chiquillo! exclamó su madre escandalizada. Esas cosas no se dicen.

—¿Toma! replicó el niño, pues entónces ¿por qué las hacen?

Quando me vi en posesion de mi levita y de mi libre albedrío; cuando pisé la calle para dirigirme á mi casa, volvía cada dos pasos la cabeza creyendo que me seguía D. Toribio. No sé si seria alucinacion de mis sentidos, pero me pareció oír á lo lejos la voz del antiguo guardia de Corps, que me decía con expansivo acento:

—¡Ya verá Vd., ya verá Vd. como nos divertimos!

FERNANDO MARTIN REDONDO.

## ESTADO DE LA LITERATURA EN ESPAÑA

Y PRINCIPALES CAUSAS DE SU DECADENCIA.

Hubo un tiempo en el que España, despues de haber pasado sus armas victoriosas por toda la redondez de la tierra, llamó á público certámen los hombres y los imperios, para abrumarlos con su gloria, como ántes les habia abrumado con su grandeza. Suyos fueron en aquel tiempo todos los tesoros del ingenio; suyos todos los secretos del saber; suyas todas las galas de la elocuencia; suyas la magestad de la civilizacion y la soberanía de las letras. Produjo escritores inmortales en todos los ramos y modelos acabados en todos los géneros: poetas, historiadores, politicos, filósofos, teólogos. Y como ademas cupola la suerte de ser la primera, entre cuantas naciones comparten el señorío de Europa, que pudiese mano en el fecundísimo trabajo de secularizar el entendimiento y rejuvenecer el arte, recibió ántes que ninguna otra la visita de la inmortalidad y el homenaje de la historia.

Pero acontece que poco á poco va caminando á su ocaso el astro de la fortuna española, y la literatura entra también en su eclipse, comenzando por un alarde de pedanteria indigesta. Uno á uno se extinguen los grandes nombres; uno á uno se disipan los grandes recuerdos; uno á uno se desvanecen los grandes resplandores, y llega por fin el día de la tiniébla intelectual sin haber proceado penas, ni remordimientos, ni vergüenza. Entónces el arte, pálido, desmelenado, frenético, diríase que corre en pos de todas las aberraciones y de todos los abismos del mal gusto. Cubierto de galas postizas y de mentirosas joyas, ese rey dæstronado cree tener aún el cetro en las manos y la corona en las sienas, cuando profana con impuras batanales la escena y lleva los aires con histéricos clamores.

Luce un instante la aurora de la rehabilitacion política, y la maná nacional aparece de nuevo radiante, esplendorosa, como en los mejores días de su primitivo reinado. Inspirados vates recogen la sorda lira del canagal donde yace; aminoradas aradores reparan la hermosa lengua de los agravios pasados; distinguidos publicistas rescatan la memoria nacional del prolongado letargo, y las Gracias parecen coronar con extrañas profecías este repentino florecimiento. ¡Profecías mentirosas! Hoy día es, y ni la resurreccion moral ni la resurreccion literaria están consumadas. En vano escritores ungidos con el óleo de la inspiracion ofrecen nobles



ejemplos y preciosas enseñanzas. ¿Quién los oye? ¿Quién los entiende? ¿Quién les hace justicia?

Lo que debiera ser un sacerdocio, se ha convertido en un comercio; los que debieran ser sacerdotes, se han convertido en traficantes; el artista se ha hecho artesano; todo se sacrifica al interés de un día y al éxito de un minuto; nada se escucha, nada se respeta en la feria permanente de los espíritus: ni las tradiciones de lo pasado, ni las necesidades de lo presente, ni los derechos de lo porvenir. En el teatro se busca la risa de los espectadores, y nada más. En el libro se busca el bolsillo de los parroquianos, y nada más. En el periódico se persiguen las pasiones del escritor, y nada más que sus pasiones. Todo linaje de extravagancias tiene su culto, y sus sacerdotes, y sus devotos. Así es que los paladares más delicados comienzan á extragarse y las más firmes inteligencias comienzan á sufrir vértigos.

Esto es tan cierto, que una persona doctísima me confesaba pocos meses hace, en el teatro de los Buños, su predilección por esa suerte de espectáculos. Pocos días antes, un literato de mérito me consultaba la traza que había ideado para ingerir en una galería de notabilidades tribunicias el nombre de cierto general, á quien jamás se han oído seis palabras gramaticalmente asociadas. Y aún no hace dos semanas que un novelista, dotado de facultades nada comunes, me comunicó el argumento de su última obra, en la cual juegan principal papel las escenas de París y los sucesos de la calle del Turco.

El vapor, que ha elevado la industria á la categoría de poder social, ha reducido la belleza á la categoría de valor cambiante. Los editores cuentan las líneas de un volumen ó de un artículo, como los fabricantes cuentan los hilos de una urdimbre ó de una tela. Los escritores calculan los minutos de trabajo y los céntimos de utilidad. Yo no sostendré que semejante procedimiento deja de ser honesto; pero de seguro que se han preparado por otro bien diferente la *Iliada*, la *Divina Comedia* y el *Quijote*. De cualquier modo, y he ahí lo que nos importa, el hecho es que se han perdido, casi por completo, la originalidad, la sencillez, la agudeza y la tersura que caracterizaron la literatura española en los tiempos de su apogeo.

El habla se despoja al mismo tiempo de su singular carácter, hasta el punto de pasar la castidad del lenguaje por impertinencia, cuando no por ignorancia, y el afeísmo por afectación, cuando no por desaseo ó injuria al común sentido. Voces y giros muy usados en nuestro teatro antiguo, en nuestras novelas clásicas, en los romances y canciones populares, han caído tan en olvido de todos que causan sorpresa si por acaso se leen ó se escuchan. En cambio una jerga semi-cosmopolita, semi-bárbara, se ampara día por día del vocabulario contemporáneo.

Sin embargo, en el fondo de tan universal desconcierto, brota así como un manantial de esperanza. Porque es imposible desconocer el progreso creciente de los conocimientos, á pesar de la creciente decadencia de las formas. No falta quien pretenda explicarse el raro caso por medio de leyes y principios inscrutables que, á la verdad, no satisfacen á nadie. Esos tales, muestran hacia la amena literatura una indiferencia vecina del menosprecio, y llaman ídólatras miserables á los que no participan de su extraordinario optimismo. Mas, á despecho de ellos, la experiencia enseña á todos cómo se pueda subir hasta Platon, sin tocar en Fray Gerundio de Campazas. Así que, por mi parte, prefiero buscar otra explicación para ese fenómeno, y aun pasarme sin explicación de ninguna especie á ser preciso.

La historia de la literatura es la historia entera de un pueblo: es la historia de sus decadencias fabulosas y de sus gigantescos crecimientos: es la historia de sus creencias, y de sus costumbres, y de sus relaciones exteriores, y de sus interiores revoluciones, y de sus instintivas tendencias, y de sus repugnancias insintivas: es la historia de su heroísmo como de su envilecimiento. ¿Quién no distingue en la Grecia literaria del Bajo Imperio, calenturienta y débil como una Bacante, las huellas de su prostitución y de su abatimiento? ¿Quién recuerda á Cicéron en la Corte de Augustulo?

Y tratándose de España las cosas pasan de la propia manera. Á los cuatro grandes períodos de su vida literaria, corresponden cuatro grandes períodos de su vida histórica. Á las dos espléndidas manifestaciones de su vida nacional, corresponden dos manifestaciones espléndidas en su vida artística. Á sus dos inmensos desfallecimientos históricos, corresponden sus dos inmensos desfallecimientos literarios. Desde el principio civilizador antiguamente, saca de su principio su gloria como su fuerza, y domina el universo. Fuera de la órbita del progreso humano pierda, más tarde, su fuerza y

su gloria. Así como había sido dominadora, es dominada. Así como había sido imitada, es imitadora. Entra, mediante un sacudimiento épico, en la comunidad de la razón universal, y sus letras se redimen de improviso. Cas por causas diferentes en la servidumbre exterior ó interior, y sus letras se prostituyen.

He ahí la clave del enigma; mientras sacamos nuestra cultura de nosotros mismos, tuvimos una expresión propia de nuestra cultura; desde que tomamos prestada nuestra cultura, perdimos su expresión genuina. ¿Qué suceso más natural? ¿Pero es consolador? ¿Pero puede ser indiferente? Nada menos que eso: el mundo de las ideas obedece, como el mundo de los hechos, á la doble ley de la unidad en la variedad y de la variedad en la unidad.

Nada tan poderoso que rompa impunemente el misterioso equilibrio que resulta de la armonía de esas leyes. Si alguno se refugia, como en una fortaleza sitiada, en el aislamiento de su personalidad, ese—hombre ó pueblo—no tardará en perderse por los desiertos de una logomaquia formalista. Si alguno se entrega como prisionero á la ajena cultura y no pone cierto contingente de íntimo y de privativo en su educación, ese—pueblo ó individuo—no producirá jamás sino ecos descoloridos é inanimados. Convergamos, pues, en que el culto de las formas es en último término la religión de los espíritus.

En el actual desorden de la literatura española hace falta distinguir, no obstante, lo obra de este siglo ex-céptico y la obra de este pueblo desgraciado. Común es á toda Europa, por ejemplo, el abandono de aquella idealidad que produjo los mejores monumentos clásicos, la afición á aquel realismo que produjo los mayores desastrosos románticos, el gusto por aquellas sátiras personales y grotescas que afearon los últimos momentos de la antigüedad griega y romana, el olvido de aquellos respetos delicados y elegantes que permiten al público alto el placer de las adivinaciones. Pero es solamente achaca de nuestra mala ventura esa especie de insustancialidad crónica en que ha caído la dramática, esa especie de extranjerismo pedantesco en que ha caído la didáctica, esa especie de indolente mercantilismo y de bárbara calentura en que ha caído la literatura toda entera.

Ignoro si hay desventura comparable á la de una nación que, habiendo avanzado su adolescencia con todo género de primores, anda en la edad de oro medio desnuda por el mundo que cantivara sus prematuros hechizos. De todas maneras, conviene distribuir la culpa entre los responsables de la desgracia, y no cabe eximir ni de una ni de otra á la influencia francesa. España debe recordar con horror el nombre de Luis XIV. Su amistad le ha sido más desastrosa que las sangrientas rivalidades de los imperios más potentes. ¿Qué de tribulaciones, qué de miserias, qué de catástrofes ha costado! La Hacienda, la política, la literatura, todo repite el funesto nombre sombrío y trágicamente. Empero no evocamos tristes reminiscencias en la hora de los severos castigos, que al fin la literatura y el destino de España pueden salir purificados del seno de las tempestades y de las pruebas.

PABLO NODENIA.

## EL TONEL DE CERVEZA,

CUENTO

POR D. JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Aunque la embriaguez ha producido héroes, revoluciones, leyendas fantásticas y sistemas filosóficos; por más que en su historia figuren nombres tan respetables como los de Noé y Lot, tan ilustres como los de Alejandro y Carlos XII, y tan populares como los de Hoffman, Edgardo Poé y muchos otros que no cito: á pesar de que algunos pueblos hayan solido tratar los asuntos más graves entre trago y trago, y de que aún se acostumbra á rociar con vinos generosos las declaraciones políticas de mayor trascendencia, acto oficial conocido con el nombre de brindis; ello es, que al abuso de la bebida se debieron la muerte desastrosa de Holofernes, la pérdida de Babilonia en tiempo de Baltasar, la catástrofe de Agripina y acaso toda la historia del Bajo Imperio, en que tanta parte hubieron de tener los viñedos de Chipre y de Lesos.

No he podido comprobar si es cierto ó no que cada vino ó bebida espirituosa tiene propiedades que producen efectos determinados y constantes; es decir, si la borrachera del champagne es siempre epigramática y elegante; si la de la cerveza es melancólica y pesada, la del malagá pendenciosa, y por último, si un fabricante

de Birmingham, después de beber algunas botellas de manzanilla, experimenta, como los gitanos, la necesidad de entonar una caña á la flamenca.

Durante mucho tiempo he creído que la cerveza sólo producía en los alemanes efectos filarmónicos, y daba ocasión á orgías musicales: creía que un alemán ebrio, en vez de insultar á los transeúntes, abría en canal á su mujer ó prorumpía en gritos subversivos contra el gobierno, como se acostumbra en ciertos países, empuñaba su violín para dar una serenata á los vecinos, ó cantaba un aria del D. Juan tendido en medio del arroyo. Y por cierto que he vivido engañado, ó mente el cuento que voy á referir, del cual respondo como puede responder un gobierno español de sus generales. Es verdad que no soy el único á quien los alemanes han dado chasco: testigos los franceses y testigo toda Europa, á la cual están embromando hace tiempo con su filosofía, para distraer la atención mientras preparan silenciosamente sus máquinas de guerra.

Suponia yo entre los chasqueados al autor de cierto libro, en el cual se asegura que la cerveza influye en la estadística de nacimientos disminuyéndola: en efecto, ¿cómo podía ser Alemania uno de los países más poblados cuando la cerveza tiene allí tanto consumo? Pero después he reflexionado que este argumento es de poca fuerza por falta de datos: para resolver el problema necesitábamos saber qué población tendría el imperio germánico si los alemanes suprimieran la cerveza. De igual modo he comprendido que me equivocaba respecto de la influencia que ejercen en el cerebro de un alemán los gases acumulados en una noche de continuas libaciones, porque si la cerveza es un agente providencial que impide la irrupción sobre la Europa occidental de una población sobrante, claro es que ese agente inspirará ideas peligrosas y criminales tal vez que contribuyan al mismo objeto filantrópico.

No extrañe, pues, el lector, que en esta bebida, al parecer inofensiva, estribé mi argumento, ni que algunos vasos de cerveza convirtan en criminal al hombre más pacífico, puesto que, como recordé al principio, la embriaguez ha producido tantas catástrofes históricas.

### I.

La espita del tonel goteaba todavía un líquido de color de ámbar y los vasos estaban ya vacíos; vasos estrechos y larguísimos de cristal de Bohemia, cuyos dibujos representaban á Odín bebiendo cerveza, rodeado de guerreros y de lobos; vasos inmensos destinados á las grandes solemnidades y que sólo se llenaban en el segundo período de la embriaguez, cuando la vista empezaba á nublarse y se atropellaban las palabras, y se convertían en lógicas y naturales las ideas más absurdas.

German y Estéban bebían y fumaban. Ambos eran jóvenes y vigorosos, aficionados á la música y estudiantes de medicina en el colegio de Colonia: vivían independientes en una casa aislada, á orillas del Rhin, el río de las baladas y de los misterios.

Sin embargo, ninguna influencia ejercían en uno y otro las tradiciones y leyendas dedicadas á las ciencias naturales, sabían perfectamente que en el fondo de los bosques sólo había vegetales, por lo general ya clasificados; conocían muy bien la causa de las nieblas, y en cuanto á los espíritus, aseguraban que no eran sino el fósforo que contienen los huesos y brilla por las noches aterrando á las doncellas y haciendo recitar á las viejas veisiculas de la Biblia más ó menos oportunos; las danzas nocturnas de las walis eran sin duda las ondulaciones de los árboles cuando el viento agita sus ramajes, imitando en sus remolinos un vórtice vertiginoso.

El mueblaje de la sala en que se celebraba el banquete, daba á conocer que Estéban y German no pertenecían á esa raza inmemorial de estudiantes pobres, que tienen su biblioteca en la memoria y sus demás objetos de estudio en el gran museo de la vida. Vivían con opulencia escolástica, en una casa aislada, cuyo salón principal, enriquecido por un tren formidable de botellas vacías, y decorado con una sillería de toneles, algunos papeles de música, dos violines, innumerables pipas y una panoplia, era considerado de lujo escandaloso por todos los estudiantes. Es verdad que al lado de aquellos objetos de pura ostentación se veían la mesa de operaciones, un riquísimo beverario, mineral de todas clases, aves y cuadrúpedos disecados, estuches de instrumentos y libros voluminosos: distantes frascos de cristal que contenían fetos, deformidades humanas, vísceras y otras partes del cuerpo que hubiera tomado por objetos de culto un gentil piadoso; en fin, para alegrar el cuadro, había un arsenal de tibias, cráneos, fémures, omóplatos y esternones. En aquella abundancia no se notaba signo alguno que indicase división de propiedad, ni

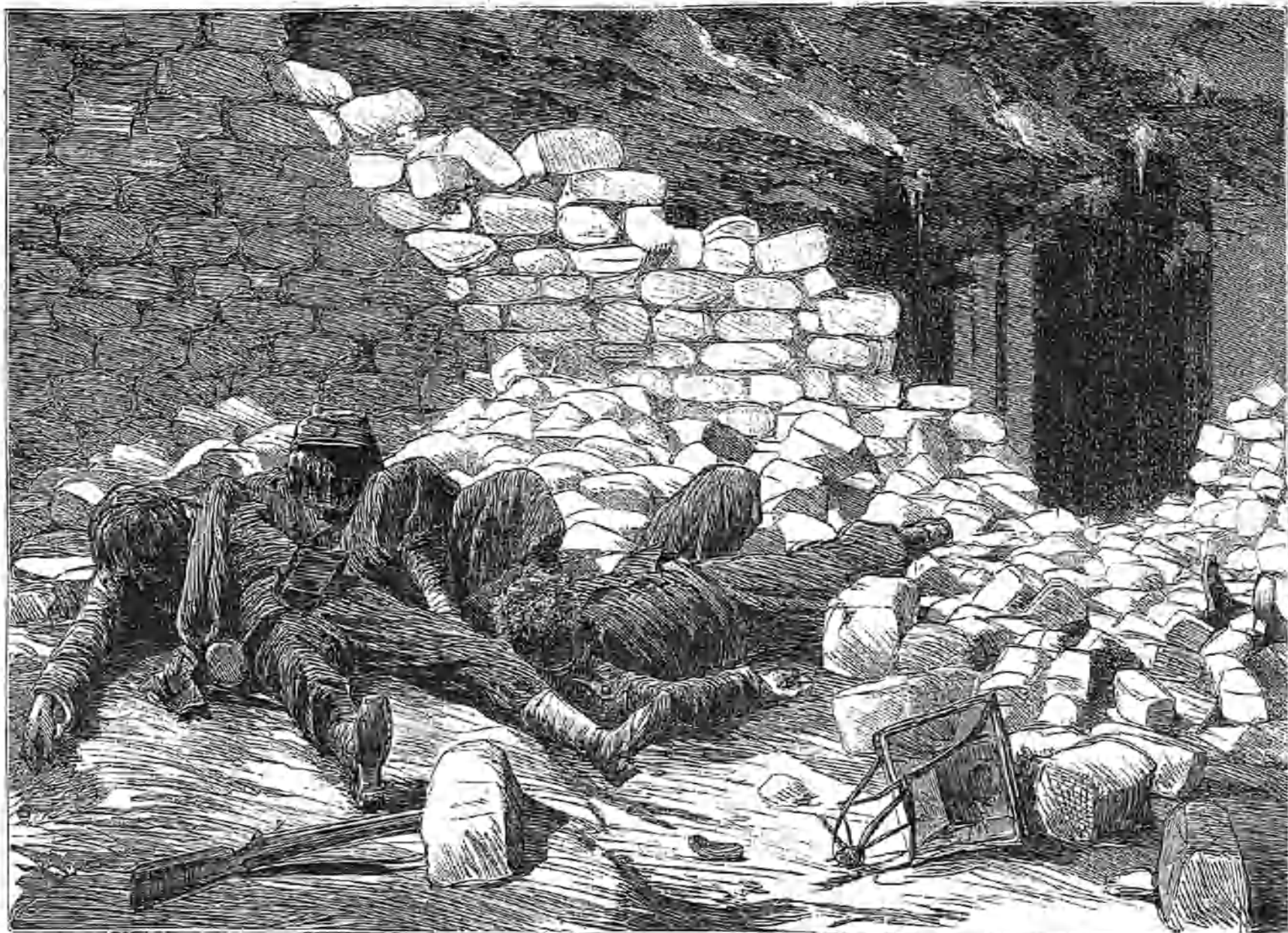


pertenencia exclusiva de una cosa. En efecto: German y Estéban vivían en comunidad, poseían los mismos objetos y acaso vestían la misma ropa, por ser idénticos sus cuerpos robustos y fornidos, como semejantes sus fisonomías. Para completar esta descripción, me sería preciado consignar, como es costumbre en las novelas, el color de sus cabellos, á no tratarse de alemanes; pero hemos convenido en que en Alemania todos nacen rubios y no me gusta alterar las tradiciones.

Sólo el amor interrumpía aquel verdadero comunismo; pero aun en esto existían entre German y Estéban lazos muy estrechos: los dos se habían prendado de la

los que tocaban instrumentos de metal exhalaban su último aliento en las boquillas: saltaban las cuerdas de los violines: los brazos del tímbalero se dormían: en fin, los mtaicos, jadeantes, cesaron de tocar, mientras Estéban seguía dando vueltas. Los convidados aplaudieron con entusiasmo y algunos sacaron sus relojes para precisar la duración de aquel vals famoso; pero pasaban los minutos, el horario adelantaba, y la pareja seguía moviéndose sin dar señales de cansancio, ni de rozar la alfombra. Los padres de Eva se alarmaron, las señoras mayores aseguraban que la danza iba tomando un carácter diabólico, y toda la concurrencia repetía

vió, sintiendo un deseo irresistible de ser dueña de aquellos robustos y magníficos pulmones. No se dio Estéban por vencido; antes bien preparó el arco, ajustó la caja y se dispuso á luchar con gallardía: estaba inspirado y se hubiera atrevido á competir con Paganini. Apenas Eva escuchó los preludios, abandonó la sala saliendo á una galería; seguía de German, que saboreaba su triunfo. El padre de Eva era un desenfadado violinista, que despertaba á su familia al toque de violín cuando despuntaba el alba, y por las noches dormía á su familia al mismo toque: diez años de concierto continuo habían hecho que Eva aborreciese los violines;



SUCESOS DE PARÍS.—UNA BARRICADA.

(Croquis de Mr. Raoul Letendre.—Dibujo de D. A. L. Pellicer.)

hermosa Eva y pretendido su cariño. No pudiendo participarla entrambos, ni resignándose á cederla, determinaron obsequiarla aisladamente y se comprometieron á respetar el fallo de la jóven. Entre los dos estudiantes era difícil la eleccion para Eva, cuyas preferencias vagaban de uno en otro, así como sus miradas tiernas é indecisas. Una circunstancia accidental inclinó hácia un lado la balanza, y á no ser por ello la vacilante niña hubiera concluido por admitir dos dueños de su albedrío, completando el comunismo en que vivían los dos jóvenes.

Establecida la competencia de méritos y galanterías entre los dos opositores, llegó el día de un baile: Estéban pudo obtener el primer vals, decidiendo vencer á su amigo en aquel agitado ejercicio: German, por su parte, se propuso contar las vueltas que diese Estéban á fin de aventajarle cuando llegara su turno. Los músicos empezaron á tocar, y Estéban, enlazado con la podiciada Eva, se lanzó en medio de la sala. Nunca se había visto pareja tan rápida y uniforme: jamás rueda de reloj ejecutó sus movimientos con más precisión y ligereza. German apenas tenía tiempo de contar las vueltas: los demás bailarines, fatigados, se retiraban á sus asientos:

inútilmente: «¡Basta! ¡Basta!» Entonces sucedió una cosa extraordinaria: los parientes de Eva, German, sus amigos, y por último, todos los presentes, se abrazaron á Estéban para contenerle, pero en vano: una fuerza invencible le obligaba á girar, arrastrando en sus movimientos de rotación y traslación aquel enorme grupo, hasta que por fin la voluntad de todos se sobrepuso al magnetismo antes de que se comunicase el fluido á las paredes. La fiesta terminó por un mareo general, y pocos días después Estéban era presidente honorario de todas las sociedades coreográficas de Alemania.

La segunda oposicion fué musical y decisiva en un concierto. German era tenor y Estéban dominaba de tal manera el violín, que á veces se hubiera creído que hacía encaje con las notas. German exigió, como vencido, cantar ántes de que su compañero hiciese la prueba ó templase siquiera en instrumento, temeroso de que Estéban absorbiera la sesion con uno de esos poemas musicales que empiezan en el caos y concluyen en los gobiernos representativos. Todas las vueltas de Estéban quedaron olvidadas al eco dulce y sonoro de la voz de German, y cuando éste, en un esfuerzo pulmonar, lanzó un formidable do de pecho, el pecho de Eva se conmu-

nunca se hubiera unido á un hombre que prolongase aquel martirio, y Estéban fué irremisiblemente desahuciado. Furioso con su derrota, improvisó una fantasía tan satánica y nerviosa, que los niños rompieron á llorar, temblaron los hombres y se desmayaron las señoras.

Cuando amaneció el día siguiente, Estéban, que era un buen amigo, felicitó á German por su victoria, y no volvió á pensar en la Eva de German, de cuyo desaire le consolaron otras Evas.

Aquel suceso no turbó las buenas relaciones de los estudiantes; por eso seguían viviendo juntos, poseyendo los mismos objetos, y vaciando un tonel en su gran salón de estudio, que les servía de museo y de taberna.

## II.

Los dos jóvenes bebían y fumaban. Aquel día era el aniversario del famoso do de pecho y en su memoria se llenaban los grandes vasos de Bohemia.

Habían brindado á la salud de Eva, de sí mismos, de las ciencias médicas, del inventor de la cerveza, y por último, á la salud de todas las enfermedades.

La conversacion, animada al principio, languidecía



poco á poco, porque la palabra no podía seguir á las ideas: hubieran necesitado para expresarse un lenguaje taquígrafo: cada trago de cerveza les infundía nuevos pensamientos y los misterios de la medicina se disipaban á cada vaso.

—¡Bebamos! dijo Estéban: la sabiduría absoluta reside en la cerveza; he aprendido más en una hora de bebida que en el estudio de esos cráneos estúpidos y de esos libros incompletos.

—¡Bebamos! respondió German: también tengo sed de ciencia.

—Dame un pedazo de barro y prometo hacer un Adán en dos minutos.

—Saca una costilla á tu Adán, y crearé la más hermosa de las Evas.

—La cuestión, añadía Estéban, se reduce á encontrar el barro primitivo, el cual se halla indudablemente debajo del terreno diluviano, entre el Tigris y el Eufrates, donde estaba situado el Paraíso.

—Tienes razón: creemos una nueva raza de hombres vigorosos para sustituir á nuestra generación gastada y enfermiza.

—¡Imposible! dijo Estéban con acento melancólico. ¿Qué sería entonces de nuestros compañeros de estudio, de los empleados de hospitales y de los farmacéuticos? Dirían con razón que las enfermedades son su patrimonio; la salud pública es un atentado contra la propiedad de los médicos.

—Es verdad: los intereses creados impiden la reforma.

Hubo un rato de silencio en el cual los dos jóvenes se sentían acometidos de ideas á cual más extravagantes.

De pronto dijo German con acento cavernoso.

—Estoy perdido!

—Estéban le miró con sorpresa.

—Si, amigo mio, continuó diciendo el primero: mi corazón ha cesado de latir hace algunos minutos.

—Está completamente borracho, pensó Estéban.

Y levantándose del asiento se aproximó á su amigo, y puso la mano sobre su corazón una y varias veces. Cuando la retiró después de un rato, Estéban estaba pálido como un muerto. En efecto, el corazón de German no se movía.

—¿Qué me dices, amigo? preguntó éste mirando á Estéban con ojos aterrados.

—Voy á ser franco: aunque hablas y tus músculos se mueven y funcionan tus sentidos, para mí eres un cadáver: no hay en tu pecho el menor síntoma de vida; tiene la rigidez de la tabla y la insensibilidad de la piedra.

—Tus observaciones están conformes con las mías. No he sentido la presión de tu mano, por lo que voy á hacer una prueba decisiva.

German tomó una aguja de un estuche y la hundió en su pecho, primero suavemente y después con gran fuerza, hasta que dijo con desgarrador acento.

—No hay duda, soy un fósil: estoy petrificado; nada siento.

Á tan terribles palabras, sucedió una pausa solemne.

¿En qué pensaba German? Pronto lo sabremos.

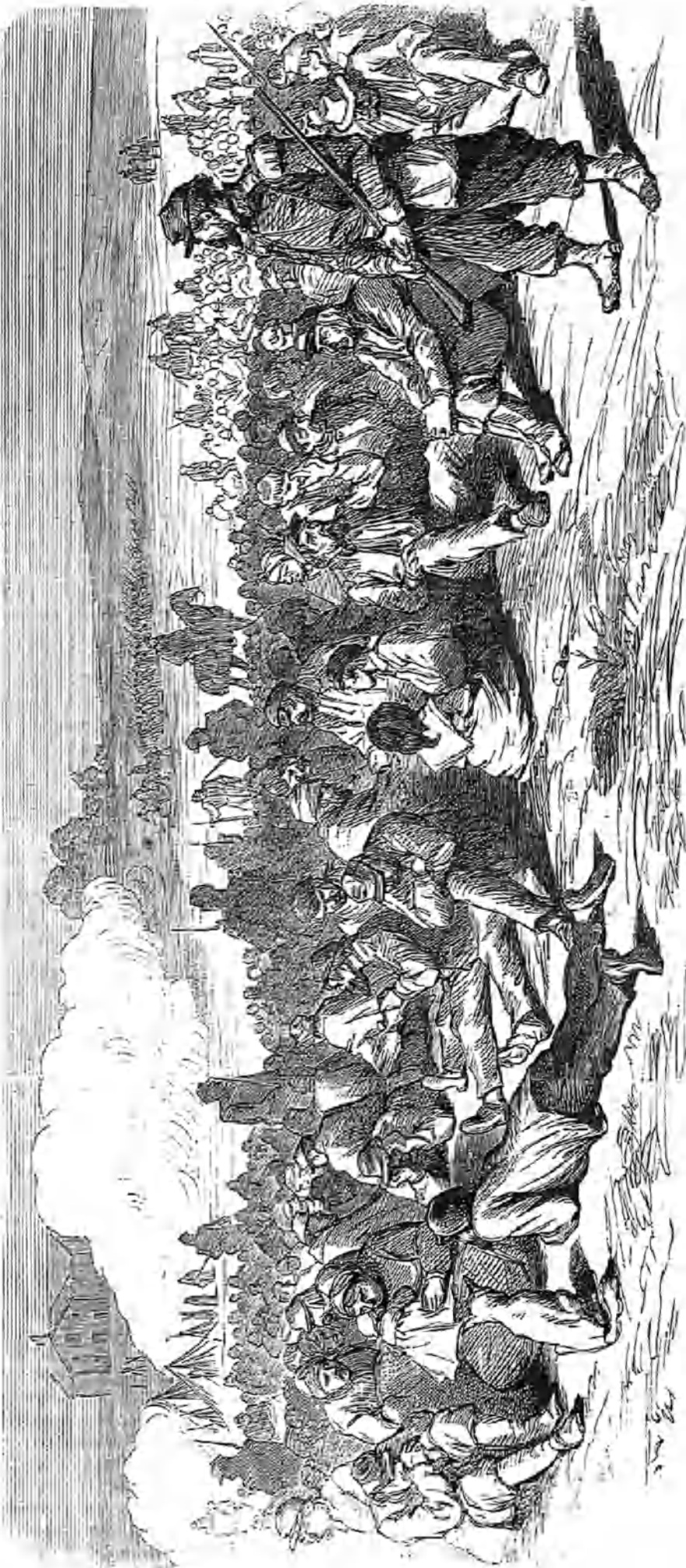
En cuanto á Estéban, se entregaba á las ideas más inmorales y egoístas: repuesto de su terror, había reflexionado que la muerte de su amigo acaso le proporcionaría la posesión de Eva, la cual con esta esperanza se le representaba otra vez llena de atractivo. Y la veía mentalmente, mirándole con amor, tendiéndole la mano y presentándole sus mejillas sonrosadas.

Hagamos justicia á Estéban: ningún mal pensamiento había cruzado por su imaginación hasta aquel momento en que los vapores de la cerveza le ofuscaban. Pero hagamos justicia á la cerveza: al mismo tiempo que inspiraba á Estéban tan malos propósitos, infundía en el espíritu de German la idea del martirio.

Este, que había tomado un papel y escrito algunos renglones, dijo, por fin, con tono conmovido, pero con firmeza:

—Estéban, cuando su corazón deja de latir, el hombre muere: el estado en que me encuentro no puede durar mucho, pero, si por un absurdo médico mi existencia continuase, yo no sabría resignarme á vivir teniendo una tabla en vez de pecho. Tú lo has dicho: soy un cadáver que va á beber contigo su último vaso de cerveza.

En esta carta declaro que voy á suicidarme en un sitio donde jamás podrá encontrarse mi cadáver, y lo hago, para librarte de la acción de la justicia. Quiero que estudies en mi cuerpo el fenómeno de mi insensibilidad y que mi esqueleto, colocado en tu despacho, te recuerde este pobre amigo. Cuando haya bebido el último trago, exijo de tu amistad que me deglites sin dolor y con cariño, como degollarías á tu padre.



SUCESOS DE PARÍS.—GRUPO DE PRISIONEROS.

(Copia de Mr. Raoul Lafont. Dibujo de D. A. Poudille.)



Estéban rechazó con horror la idea de German; pero la imagen de Eva se le aparecía cada vez más irresistible y voluptuosa. German suplicaba á su amigo con esa terquedad que sólo tienen los borrachos: Estéban se resistía como una doncella á su primer amante; su lucha se hubiera prolongado y hubiera triunfado la razón á no mediar una Eva y tantos vasos de cerveza.

Todas las objeciones de Estéban eran victoriosamente refutadas por German. Aquel no podía lógicamente negar á su amigo el favor de asesinarle; es decir, de hacer por él lo que haría el día de mañana por el peor de sus clientes.

La proposición fué aceptada y se llenaron las copas destinadas al brindis de la muerte.

Otra tentación, otro deseo diabólico, contribuían á que el amigo se convirtiera en asesino: Estéban sentía la atracción de lo prohibido, la curiosidad misteriosa del crimen y un interés científico.

Fregó, pues, su escarpelo y se chocaron por última vez los vasos de Bohemia.

German llevó el vaso á sus labios, y mientras bebía, Estéban hundió el acero en su garganta; el cuerpo cayó, no sin lanzar antes una mirada de dolor y de despecho.

German acusaba á su amigo de no haberle dejado beber el último trago.

—La noche ha llegado; es preciso borrar las huellas del crimen: cerremos la ventana y mondemos el cadáver para cumplir la postera voluntad de este pobre amigo. [Eva será mi esposa]

Así decía Estéban, colocando á German en la tábata y despojándole de la ropa.

El fenómeno de la insensibilidad quedó al momento explicado; pero de la manera más vulgar y menos científica.

Cuando German se quejó de no sentir las palpitaciones del pecho, olvidada en su embriaguez que entre la levita y el chaleco tenía un gran cuaderno de música comprado aquella misma tarde.

—¡Bárbaro de mí! pensó Estéban: sin duda estábamos borrachos cuando olvidamos que los pechos no se reconocen por encima de la ropa.

Y empezó la disección con la seguridad de un profesor que trabaja haciendo esas.

(Se continuará.)

## EXCMO. SEÑOR DON CONSTANTINO DE ARDANÁZ.

No he vacilado un punto en aprovechar la ocasión que se me ofrece de dar público y solemne testimonio de mis afectos de amistad y gratitud, escribiendo algunas líneas para recordar al público, que ya la sabe, la historia del Sr. D. Constantino de Ardanáz; mas por lo mismo que con él me ligan los vínculos que he indicado, ni mi carácter ni el suyo consienten que estos apuntes sean un elogio retórico, si no la indicación descarnada y fría de algunos sucesos de la vida de este personaje, que, como todos los que han tomado parte y tan principal como la que él ha tenido en los acontecimientos políticos, es juzgado cada día por el público con más ó menos imparcialidad, hasta que llega para ellos el fallo solemne é imparcial de la historia que no es dado anticipar en épocas de agitación y de lucha como la presente.

Larga sería mi tarea si hubiese de escribir una biografía del Sr. Ardanáz, porque su actividad se ha dirigido á diversos objetos, y su vida, aunque todavía no muy larga, ha sido en alto grado fecunda, siendo el amor al trabajo la dote que principalmente caracteriza á este hombre público, el cual, antes de entrar de lleno en la carrera política, se dedicó á la profesión de ingeniero civil, de cuya escuela salió el año 1845 con el número primero de su promoción, lo cual quiere decir que en el concepto de sus maestros era el más aventajado de sus discípulos. A consecuencia de tales antecedentes, el Sr. Ardanáz ha desempeñado los cargos y las comisiones más difíciles, empezando á ejercer su cargo en la provincia de Barcelona, donde estudió obras públicas tan importantes como la ruficación del curso del Llobregat... y el ensanche de la ciudad condal, que por virtud de su desarrollo industrial y mercantil no cabía ya dentro de sus antiguos muros.

Llamado, á poco de ser trasladado á Sevilla, á desempeñar las cátedras de ferro-carriles y de economía política en la Escuela de caminos, dió nuevas y señaladas muestras de su capacidad y de su ciencia, siendo de notar que fueron sus discípulos en estas asignaturas algunos de los ingenieros que hoy son los más brillantes paladines de la escuela economista, á la cual, tal como se entiende y practica entre nosotros, no pertenece el señor

Ardanáz, quien durante esta época y teniendo en cuenta sus notables antecedentes científicos, fué uno de los ingenieros que tomaron parte en el estudio y ejecución de las grandiosas obras del canal de Losoya, que tanto ha contribuido ya y habrá de contribuir todavía más adelante al ventajoso cambio de todas las circunstancias así climatológicas como agrícolas é industriales de la capital de España.

Como director del camino de hierro de Sevilla á Cádiz, cargo que le confirió la compañía concesionaria de esta línea, el Sr. Ardanáz demostró que poseía todas las condiciones necesarias para realizar en España estas obras, que por ser en ella nuevas no podían menos de tropezar con inconvenientes de más de un género; del acierto con que procedió en esta importantísimo asunto, le dió muestras la sociedad que tenía á su cargo esta empresa, acuñando una medalla de oro que dedicó al ingeniero director de aquellas obras, que si bien no llevó á cumplido término, dejó ya en explotación una de sus secciones.

En 1858 fué el Sr. Ardanáz comisionado por el gobierno español para estudiar los sistemas de riego en Piamonte y Lombardía, y en 1860 lo fué también para examinar el paso de Semirving en el camino de hierro de Viena á Trieste y las demás obras hidráulicas de la región de Italia antes citada.

Ya era el Sr. Ardanáz director general de Agricultura, Industria y Comercio, y más que por esta circunstancia por sus conocimientos especiales, fué nombrado individuo del jurado de la Exposición Universal de Londres, y recibió como testimonio del buen desempeño de su cargo, una medalla que es timbre glorioso de su carrera científica, en la cual ha llegado, como se desprende de lo que llevo dicho, á la altura más considerable, por lo cual ocupará un lugar eminentísimo en los fastos de la historia de las ciencias físico-matemáticas y naturales de nuestra patria; y hubiera yo necesitado para ser justo y dar idea cabal de esta parte de su vida, dedicarle un espacio de que en esta ocasión no puedo disponer por la índole de este escrito.

En el año de 1857 empezó el Sr. Ardanáz su carrera política, siendo elegido Diputado á Cortes por el distrito de Rivedeo, en la provincia de Lugo, que desde entonces, con una sola excepción de que luego hablaré, le ha enviado como su representante al Congreso. En la primera legislatura de estas Cortes, defendió el proyecto de ley en cuya virtud se ejecutaron luego las obras de la Puerta del Sol, tan necesarias al ensanche y ornato de Madrid, que hoy no podemos casi comprender cómo bastaba á la circulación el estrecho é irregular espacio que antes constituía este centro de la actividad y del movimiento de la población, que aumentaba ya entonces considerablemente.

Como oficial del ministerio de Fomento, cargo que había ejercido desde 1854, en cuya época entendió en la famosa cuestión de la anulación de las concesiones de los caminos de hierro, y siendo ya hombre político, preparó, durante el breve ministerio Armero Mon y siendo ministro de aquel ramo el Sr. D. Pedro de Salaverría, un proyecto de ley para destinar de los productos de la desamortización civil y eclesiástica la suma de 1.000 millones de reales al desarrollo de las carreteras, caminos de hierro, puertos, faros y demás obras públicas que tan necesarias eran para el desenvolvimiento de la riqueza pública del país. El presupuesto del ministerio de Fomento quedó preparado con las notas preliminares que tal pensamiento exigía; pero abandonado éste por el gabinete que sucedió al que dejó indicado, se cometió la torpeza de presentar dicho presupuesto á las Cortes, y con este motivo el Sr. Ardanáz pronunció en el Congreso un discurso en que se comprendían los asuntos de los ministerios de Fomento y de Hacienda, considerándolos desde el punto de vista que resultaba del propósito de iniciar una era de engrandecimiento y mejora que había de redundar en beneficio de todos los ramos de la actividad nacional, tan necesitados de un vigoroso impulso.

Reelegido diputado por el distrito de Rivedeo en las elecciones de 1858, y formando parte del gabinete presidido por el general O'Donnell el Sr. Salaverría como ministro de Hacienda, el pensamiento de que me vengo ocupando se realizó en mayor escala por la ley de 1.º de abril de 1859, en virtud de la cual se destinaron del producto de la desamortización 2.000 millones para obras públicas, y el Sr. Ardanáz fué individuo de la comisión del Congreso que entendió en esta ley, defendiendo el proyecto con la habilidad y acierto que no podía menos de tener por su competencia en la materia y por el conocimiento de un plan á cuya primitiva concepción había asistido, tomando en ella parte tan principal y decisiva.

Siendo ya director de Agricultura se presentó al Congreso el proyecto de ley de montes que, aunque suscribió por el ministro á la sazón del ramo, se puede afirmar sin mengua de su buen nombre y sin cometer ninguna injusticia, que fué obra del Sr. Ardanáz, quien le defendió ante las Cortes con el valor y con los medios que en su calidad de jefe de este ramo no podía menos de tener, pues por desgracia no todos los hombres públicos de nuestro país han fijado su atención en estas materias, de que principalmente depende, primero la prosperidad material y como consecuencia de ella la importancia política de la nación. Caracter análogo y tendencias idénticas á la de esta ley tenía la de guardería rural, en cuya discusión tomó el Sr. Ardanáz una parte principalísima.

El distrito de Rivedeo volvió á elegirle diputado en las elecciones generales de 1853, siendo á la sazón presidente del Consejo de ministros el señor marqués de Miraflores, y en aquel Congreso el Sr. Ardanáz estuvo al lado de sus amigos políticos, tomando parte en la campaña de oposición que hicieron contra aquel gabinete, que fué sustituido por el que vulgarmente se designa por el nombre de sus dos ministros más notables con la denominación de ministerio Mon-Canovas, y con un criterio independiente y elevado pronunció el Sr. Ardanáz un notable discurso sobre la totalidad de los presupuestos, en el que se revelaba el profundo estudio que tenía hecho de todas las cuestiones de Hacienda y su idoneidad especial para este ramo importantísimo de la administración pública, dotes que ya le indicaban como uno de los pocos hombres que, siendo partidario de las reformas útiles, sin dejarse arrear por teorías quiméricas ni sistemas peligrosos, podrán dirigir algún día la gestión de la Hacienda española.

También fué electo diputado, en obstante su carácter y significación política, por el mismo distrito de Rivedeo, en las elecciones generales que tuvieron lugar en noviembre de 1854, siendo presidente del Consejo de ministros el general Narvaes. Diversas causas, y principalmente la inseguridad política que ya empezaba á notarse, habían influido desfavorablemente en el estado del Tesoro público, que se hallaba en un descubierto que entonces parecía aterrador y que era insignificante comparado con el que en la actualidad existe. El señor ministro de Hacienda de aquella época, después de haber intentado con escasa fortuna una especie de suscripción á que invitó á los capitalistas de Madrid, no halló mejor medio para salir del apuro en que se encontraba, que recurrir á un anticipo forzoso y reintegrable exigido á los contribuyentes que pagasen por impuesto directo cantidades superiores á cierta cuota señalada como minimum. Este proyecto encontró grandísima oposición en el Congreso, y produjo al fin la caída del ministro que lo presentó; pero el Sr. D. Alejandro de Castro, que le había sustituido, no hizo más que reducir á la mitad la cifra del anticipo y el Sr. Ardanáz, que ya había sido designado como ministro de Fomento en el gabinete Istúriz, que estubo á punto de sustituir al del general Narvaes en la crisis producida por el párrafo del discurso de la corona en que se indicaba el abandono de Santo Domingo, combatió aun en su nueva y reducida forma este proyecto de anticipo, habiendo ocurrido con este motivo un acontecimiento parlamentario que está en la memoria de todos y que terminó de una manera tan satisfactoria como honrosa para el que fué ocasión de aquellos sucesos, aunque no causa de ellos.

El general O'Donnell volvió á ocupar la presidencia del Consejo de ministros en junio de 1855, y en las elecciones generales celebradas en noviembre del mismo año fué el Sr. Ardanáz electo diputado por la circunscripción electoral de que formaba parte con otros el antiguo distrito de Rivedeo, habiendo sido antes nombrado consejero de Estado y miembro de la sección de Hacienda de este alto cuerpo. Reunidas aquellas Cortes, el Congreso le eligió su primer vicepresidente, teniendo en muchas ocasiones que desempeñar la difícil y árdua tarea de dirigir las discusiones parlamentarias, donde dió muestras en el cumplimiento de esta misión de inteligencia, de exquisito tacto y de energía; pero impidiendo esta misma circunstancia que tomase una parte tan activa y eficaz como otras veces en los debates parlamentarios.

La insólita caída de aquella situación, después de los sangrientos y tristísimos sucesos del 22 de junio de 1860, produjo la dimisión del Sr. Ardanáz del cargo de consejero de Estado. Señales evidentes indicaban que la política española entraba en una senda de reacción y de violencia que no podía menos de producir funestos resultados, y ninguna fué tan significativa como el aplazamiento ilegal de la reunión de las Cortes que, según el precepto constitucional, debieron haberse convocado



para ántes del fin del año. Gran número de senadores y diputados, y entre ellos los presidentes de ambos Cuerpos colegisladores, se reunieron en los últimos días de diciembre y redactaron una exposición dirigida al Trono reclamando contra la infracción notoria de la ley fundamental del Estado; este paso produjo las impolíticas persecuciones que fueron sin duda el precedente más eficaz y la causa verdadera de la revolución de 1868.

El último gabinete del general Narvaiz disolvió el Congreso elegido en 1865 y convocó á nuevas elecciones sin levantar la suspensión de garantías constitucionales y al estado de sitio pocas horas ántes de abrirse los colegios electorales; estas circunstancias dieron motivo suficiente y legítimo al retraimiento de las oposiciones, y desde entonces se determinó una situación social y política que no podía terminar sino por una gran catástrofe, que se realizó al fin despues de varias inútiles tentativas de otros partidos á consecuencia de la coalición con ellos de los elementos militares de la union liberal y de algunos de sus hombres civiles.

El Sr. Ardanáz, deseoso de que aquel movimiento no se desnaturalizase y de que la revolución no fuera más allá de lo que reclamaban las verdaderas aspiraciones de la nación, aceptó el cargo de consejero de Estado que le confirió el Gobierno provisional, siendo luego electo diputado por la circunscripción á que pertenecía su antiguo distrito de Rivadeo, y reunidas las Cortes Constituyentes fué por ellas elegido vicepresidente. Los esfuerzos que en estas Cortes hizo la union liberal para oponerse, no siempre con éxito, á las exageraciones de otros partidos, los conoce el país y serán una de las páginas más brillantes de su historia, porque aun cuando transigió en ciertos puntos importantes, sacrificando principios esenciales de la doctrina conservadora, salvó otros que son su principal fundamento; en todos esos trabajos tomó parte el Sr. Ardanáz, quien despues de constituir la regencia del duque de la Torre y su una de las modificaciones del gabinete presidido por el general Prim, fué designado como representante de la union liberal para desempeñar la cartera de Hacienda. Las reformas imprudentes que se habian realizado en diferentes ramos de los que dependen de este importante departamento, y singularmente la supresion de antiguos y productivos impuestos, ademas de la desorganización completa de la administración de todos ellos y la amenaza constante de destruir otras rentas, habian traído al Tesoro público á una situación angustiosísima que no habian podido remediar, ni aun por el momento, ruinosos empréstitos que en adelante habian de causar nuevas é insolubles dificultades. En tal situación la misión del Sr. Ardanáz como ministro de Hacienda era no sólo importante, sino tan penosa y grave que difícilmente habría quien pudiera cumplirla satisfactoriamente; no desmayó sin embargo ante tamaños obstáculos, que se aumentaban considerablemente con las divergencias políticas que surgian á cada momento en el gabinete y que se enlazaban extrañamente con las cuestiones de Hacienda; desarrollando su prodigiosa actividad, mientras que dedicaba largas horas al despacho de la parte meramente administrativa de las diferentes direcciones de su vasto ministerio, y acudia á remediar las continuas y perentorias necesidades del Tesoro, estudiaba y preparaba importantes reformas en la organización de diversos ramos y desarrollaba un plan general de Hacienda que, salvando las dificultades del presente, nos condujera á un porvenir seguro y próspero.

El camino que habia que seguir para lograr estos propósitos era establecer el equilibrio real y verdadero de los presupuestos, aun á costa de los mayores y más dolorosos sacrificios, para evitar la progresion tremenda de la deuda pública, tan rápida en estos últimos años que ha echado sobre la Hacienda española un peso que la abraza y que ya no podrá levantar, siendo en estos instantes, no ya un peligro, sino una realidad que todos sentimos la bancarota, que no se hubiese consumado si se hubieran plantado con energía y resolución los presupuestos que presentó á las Cortes el Sr. Ardanáz en los primeros días de noviembre de 1869; pero á poco de presentarlos y quizá por haberlos presentado, abandonó el ministerio y se volvió con más imprevisión que ántes al funesto sistema de empréstitos, contratándose alguno que por lo ruinoso será célebre en las tristes annales de nuestra historia financiera.

Ocasión fué este funestísimo negocio, que aún ha de serlo de otras peripecias, de la trascendentalísima que tuvo lugar en la memorable noche del 15 de marzo de 1871, en la cual se rompieron los vínculos de la conciliación que aún existia, si bien desde la salida del señor Ardanáz y del Sr. Silveira del gabinete del general Prim la union liberal no tenía participación en el poder. Siguiendo la anterior costumbre, llegaba la termi-

nación del año económico y se presentaban para el inmediato unos presupuestos que, segun confesion explícita del Sr. Moret, hecha no mucho ántes en las Cortes, han resultado con un déficit de cerca de 1.000 millones de reales. El Sr. Ardanáz no podía permanecer silencioso ante este porvenir aterrador, y en mayo de 1870 pronunció un notabilísimo discurso en el que puso de manifiesto todos los peligros del absurdo sistema que se seguia en la gestión de Hacienda; sus previsiones se han realizado así en esta parte como en lo que se refiere á las demás de la política, de que también se ocupó en aquel memorable discurso, y en estos momentos la confusión que reina, la oscuridad que nos envuelve y las catástrofes que nos amenazan son pruebas tristes pero evidentes de la prevision de este hombre público.

En el mes de noviembre se reunieron las Cortes para proceder á eleccion de monarca, acto de que habia de depender la futura suerte de la revolución; el Sr. Ardanáz votó en blanco en aquella ocasion solemne por los motivos que á poco manifestó en el Congreso, y que explicó más tarde en una circular dirigida á sus electores; los sucesos que hemos presenciado y á los que en estos instantes asistimos, son la confirmación más cumplida de las apreciaciones que entonces hizo el Sr. Ardanáz, quien estando en aquella época muy quebrantado de salud, no pudo tomar parte en las discusiones importantísimas que tuvieron lugar pocos días ántes de terminar su misión las Cortes Constituyentes. Disueltas, y convocadas las ordinarias, el Sr. Ardanáz, ansioso de que se creara un partido conservador que fuera cuando ménos una esperanza en medio de las agitaciones que perturban nuestra patria, tomó una parte muy activa en la redacción de un manifiesto que, sin haber llegado á ver la luz pública, ha tenido grande importancia en el curso de los negocios políticos. Aquella bandera que no llegó á desplegarse por el conjunto de hombres políticos que concibieron tan patriótico pensamiento, la desplegó el Sr. Ardanáz ante los electores de Rivadeo y volvieron á envidiarle al Congreso donde, ante la inminencia de terribles catástrofes financieras, se preparaba á discutir las materias de Hacienda tan graves, tan complicadas y peligrosas, por medio de una enmienda al mensaje que firmaba con varios de sus amigos; en tales momentos ha sobrevenido una profunda crisis política, y á ruego del presidente de la Cámara, del de la comision del mensaje y en la seguridad de que no seguiria siendo ministro de Hacienda el que hasta entonces lo habia sido, retiró su enmienda para tratar los asuntos á que se refiere cuando haya con quién discutirlos y cuando se presenten soluciones que hoy ni se puedan adivinar cuales sean, ignorándose quién ha de ser el encargado de prepararlas; mas si no se sigue el camino trazado en noviembre de 1869 por el Sr. Ardanáz, podrá tal vez evitarse el conflicto del momento, acudiendo á negociaciones oserosísimas; pero esto no hará más que aumentar el mal y hacerlo irremediable.

Contra mi voluntad me he estendido en esta última parte de la vida política del Sr. Ardanáz, porque está íntimamente ligada con uno de los problemas más temerosos de nuestra actual política y porque no puede ménos de influir en la solución que todos esperan la actividad y la palabra de este hombre público de cuya vida, considerada bajo otros aspectos, he tenido que omitir tantas y tan importantes circunstancias.

D. ANTONIO FABIÉ.

### PORTADA DEL PALACIO DE CISNEROS.

La casa que mandó edificar el Cardenal Cisneros entre la calle del Sacramento y la Plaza de la Villa, ha sufrido tantas transformaciones en diversas épocas, que apenas queda parte alguna de ella que dé idea de su primitiva fábrica, como no sea la portada que hemos hecho copiar para este número de LA ILUSTRACION. El Cardenal vinculó este palacio en el mayorazgo que fundó en favor de su hermano mayor D. Juan Gimenez de Cisneros, gentil-hombre de boca del rey D. Fernando el Católico, y en el día pertence, sino estamos equivocados, como otras fincas que forman el dotal de aquel vínculo, á los condes de Oñate. A su buen gusto artístico y al amor que profesan á los venerables recuerdos que encierra el palacio de Cisneros, se debe que no haya desaparecido la interesante portada á la que hemos dedicado estas líneas.

## BIBLIOGRAFÍA.

LA CREACION.

La casa editorial de Bailly-Bailliere acaba de dar á la estampa el libro de Edgard Quinet, cuyo título sirve de epígrafe á estas breves líneas.

Quisiéramos disponer del espacio necesario para escribir un juicio crítico de esta obra que, apesar de su importancia y de haber visto la luz hace más de dos años en Suiza, no habia sido vertida hasta ahora á nuestra lengua; por fortuna, el infatigable y erudito escritor D. Eugenio Ochoa se ha encargado de esta tarea, y el libro ha salido de sus manos, como era de esperar, con todas las perfecciones que pudiera desear el autor más exigente. Quinet no es solo un escritor profundo, sino un delicado estilista, y por lo mismo sus obras requieren cualidades especiales en el que ha de traducirlas, para que no se empañen las bellezas de estilo que las asfaltan.

No siendo posible examinar ésta con la detenencia debida, copiaremos algunas palabras del prólogo del señor Ochoa que dan una idea cabal y completa del objeto que se ha propuesto Quinet en su importante libro y son su mejor síntesis.

«Enlazar la historia de la humanidad con la historia del globo; comprender en cierta manera la historia del hombre y de las civilizaciones (ciencias, literatura, artes) en la de la naturaleza; investigar las leyes comunes que las rigen, iluminando el estudio de las unas con el de las otras para que se presten mútuo auxilio y se llegue así más fácil y seguramente al conocimiento de la verdad, y por último, deducir de este estudio paralelo, de este cotejo razonado y constante, una ciencia más completa, una filosofía más levantada, una moral más severa; tal es el objeto del autor.»

G.

## CARTAS

ACERCA DE LA CUESTION DE LA ÓPERA EN ESPAÑA

DIREGIDAS Á M. KARL PETERS.

### CARTA SEGUNDA.

Llegó la hora, querido Karl, de cumplir lo que en mi anterior carta te prometia. Comienzo, pues, mi trabajo, y fiado en la bondad de la causa cuya defensa me propongo hacer, alimento la esperanza de que seguirá con interés mis modestas observaciones que, exhaustas de toda preocupacion y más aún de *arrivés-pasées* de ningún género, tengo para mí han de conducirme al fin apetecido; al de contribuir con mis escasas fuerzas para que el definitivo establecimiento de la ópera en España sea un hecho consumado.

Algunas consideraciones acerca de la música en general, una breve reseña de la marcha y desarrollo del arte en las naciones que más lo han cultivado, y finalmente, dos palabras sobre su estado actual en nuestra patria, me bastarán para rebatir los argumentos de los pesimistas, y disipar las sombras fantásticas y aterradoras en que ciertos escritores han pretendido envolver esta cuestion que yo pienso tratar con entera imparcialidad, sin dejarme fascinar por ilusiones demasiado halagüeñas, pero guardándome muy bien de creer, ni ménos escribir, lo que ha escrito en un periódico un Sr. K. que, como verás, oculta prudentemente su nombre bajo la letra más innecesaria de nuestro alfabeto. Concluye este señor su artículo afirmando que aun con los medios que él señalará y que serán los mejores (la modestia á un lado), será imposible que la generacion venidera vea lograda la creacion de la ópera española.

Lo que será muy posible es que la generacion venidera se resista á creer que haya habido en España un hombre capaz de decir eso, aun cuando lo crea sinceramente. Y debo advertirte ántes que se me olvide, que ese mismo K. escribe, y con letra bastardiilla por cierto, que la implantacion de la ópera española no es una necesidad en nuestra patria.

Pero, señor, ¿qué opinion tiene formada el caballero K. del arte y de los músicos españoles? Era cosa de



que los compositores le dirigieran una carta concebida en los siguientes términos:

—Muy señor nuestro: agradecemos en el alma el ventajoso concepto en que nos tiene Vd., á nosotros, pobres inensatos que jamás hemos visto más allá de nuestras narices. Dice Vd. que ni aún poniendo en planta los eficaces medios que conoce, y se propone explicar, llegará la generación venidera á entrar en posesión de la deseada ópera española. Pues, hombre, no se moleste en darnos á conocer esos magníficos medios, porque, francamente, si de nada nos han de servir, ¡qué demonio! mejor se está el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Guárdelos Vd., pues, para mejor ocasión, y avisenos cuando llegue sea dichosa época en que la ópera española sea una necesidad en este país de *musiqueros*, ya que no de *musiquillos*, pues no nos atrevemos á bautizarnos con este nombre, que modestito y todo como es, estaría aún en disonancia con las consoladoras ideas de Vd. Y dicho esto, repetimos las gracias y Vd. dispense la franqueza.

Sería curioso lo que á esta epístola contestase el espoluznante K.

Pero dejemos aparte esta cuestión, sobre la que he hecho las consideraciones anteriores sólo por mi afán de complacerme y cumpliendo mi promesa de darle cuenta de cuanto se escribiera sobre la ópera española.

Te he dicho antes que para salir adelante del mal paso en que me has metido, necesitaba hacer algunas consideraciones acerca de la música en general, una breve reseña de su marcha y desarrollo en las naciones que más la han cultivado, y hablar finalmente del estado actual del arte en España. Voy, pues, á proceder por partes, abarcando en esta carta el primer punto de mi agradable trabajo.

Debe ante todo tenerse en cuenta al tratar del arte musical, que es el más vago é ideal de cuantos se conocen, puesto que ni está basado en la imitación de la naturaleza como la pintura y escultura, ni puede ser inteligible por la analogía de sus pensamientos con ciertas ideas generales, como sucede á la poesía. Nunca es tan profunda la emoción que se experimenta con la música, como cuando ésta no se parece absolutamente á nada de lo que se ha oído, cuando crea la idea principal y los medios accesorios que sirven para desarrollarla.

La música, aplicada al drama lírico, es el arte de conmover por medio de combinaciones de sonidos á los hombres inteligentes y dotados de órganos especiales y ejercitados. Dicho se está que definiendo así la música se la coloca lejos del alcance de la generalidad; y en efecto, sean cualesquiera sus condiciones de existencia, sus medios de acción dulces ó enérgicos, se halla fuera de toda duda que no pudiendo gran número de individuos sentir ni comprender sus efectos, es evidente que ni la música se ha hecho para ellos, ni ellos han nacido para la música.

La música es á la vez un sentimiento y una ciencia, y exige de parte del que la cultiva, sea ejecutante, sea compositor, una inspiración natural y conocimientos que no se adquieren sino después de largos estudios y profundas meditaciones. La reunión del saber y la inspiración constituyen el arte; fuera de estas condiciones el músico no puede ser más que un artista incompleto, aunque merezca el nombre de artista.

La música es un arte de emoción más que de pensamiento: hé ahí en lo que se distingue de las demás que no conmueven el corazón sino después de haber impresionado el espíritu. Ahora bien: las emociones pueden producirse en nosotros de tantas maneras, son tan distintas, según los tiempos, las naciones y los individuos, que no es posible asignar límites al arte que las engendra. Y no solamente las formas de este arte pueden variar hasta el infinito, sino que el principio mismo sobre que descansa puede presentarse bajo aspectos muy diferentes en épocas y naciones diversas.

La poesía, la pintura y la escultura, han reproducido desde la antigüedad hasta nuestros días cierto número de ideas principales bajo formas más ó menos análogas. La música, al contrario, ha variado muchas veces en su constitución y en sus efectos; ha estado sometida á multitud de transformaciones accesorias que parecían dividirla en otras tantas artes diferentes.

La música no es, como la poesía, un arte cuyo secreto se revela á la humana naturaleza desdeña cuna; tiene, lo mismo que la arquitectura, la pintura y la escultura, un lado técnico que es necesario estudiar con esfuerzo, profundizar laboriosamente.

El antiguo mundo en su caída legó á la arquitectura, escultura y pintura, una maravillosa herencia; y estas tres artes supieron aprovecharse dignamente de esos inmortales despojos.

No sucedió lo mismo á la música, arte de origen mo-

derno y que, no debiendo nada á los griegos ni á los romanos, necesitó operar en el presente los diversos períodos de desarrollo y transformación que las otras artes habían llevado á cabo en el pasado. Antes de colocarse al nivel de sus hermanas, le fué necesario agrandarse, ganar fuerzas, sufrir sus años de aprendizaje hasta llegar, en nuestra época, al período de madurez. Así vemos precipitarse las fases de su desarrollo á medida que se acerca este período que va á ponerla en posesión de sí misma.

¡Qué diferencia tan inmensa entre los tiempos modernos y el genio de un Palestrina, de un Bach!

¡Qué era entonces la música? Una mera cuestión de forma. No habiendo tenido el mismo desarrollo que las demás artes, la música vivía absorbida en las dificultades de su sintaxis, en un álgebra de problemas armónicos cuya solución debía serla suficiente hasta el día en que, vencidas las dificultades técnicas, el artista no gastara lo mejor de su vida y de su imaginación en hacerse dueño de la forma, considerada hoy, no como el ideal supremo, sino como un simple medio para expresar la idea.

Al período matemático, al período de las sucesiones de acordes, reemplaza el período del alma, tan admirablemente personificado en Mozart; viene luego Beethoven y con él el grande, el infinito período del espíritu humano.

Desde el día que Beethoven importó en la música este elemento de vida y fermentación llamado espíritu del siglo, el arte debió necesariamente seguir un nuevo rumbo.

En los tiempos de Mozart, cuando un maestro componía una obra, no llevaba otro objeto que amontonar en ella toda clase de riquezas musicales. Período delicioso en el cual un septeto, una sinfonía, una ópera, no eran más que pequeños senderos en los que el espíritu se recreaba de melodía en melodía como en un fresco jardín iríamos de flor en flor respirando los perfumes, admirando el brillo de los colores y no pidiendo nada, fuera de estas simples y dulces sensaciones. Entonces, cuando un compositor había profundizado los misterios del *bajo fundamental*, atravesado los laberintos de la *armonía*, penetrado los arcanos del *doble contrapunto*, estimaba saber bastante y se creía dispensado del resto de los conocimientos humanos.

Así creaba Mozart; así componían sus contemporáneos y todos los que le sucedieron, italianos, franceses y alemanes.

La distancia que media entre Mozart y Beethoven es inmensa. Este compositor, el más grande de los compositores modernos, creó una nueva vida para el arte. Al soplo potente de su inspiración, abriéronse vastos y desconocidos horizontes á la música. No más problemas intrincados, no más vasilaciones; Beethoven fué á la música lo que el vapor y la electricidad á la industria.

Placeres, dolores, desesperación, celos, ira, amor, ternura, heroicas epopeyas, idilios campestres, todo esto y mucho más supo trasladar al lenguaje musical la pluma de aquel coloso, gigante Briareo cuyos cien brazos abarcaron un mundo de ideas originales que transformaron el arte dándole su verdadero colorido, que fueron las llaves destinadas á abrir la puerta de la civilización musical.

Aquel grande hombre murió; las obras de Beethoven, admiración constante de los compositores y verdaderos aficionados, son y serán siempre gustadas por estos, pero la generalidad del público (y sobre esto no hay que hacerse ilusiones) las desecha ó poco ménos. Y nada tiene esto de extraño: nuevos tiempos crean nuevas necesidades. Hoy la tragedia sería para la mayor parte de nuestros públicos un anacronismo; las obras de Beethoven, verdaderas tragedias, no llenan en el momento presente los deseos del público en general. Han quedado archivadas en la memoria de todos, como grandes monumentos, como cursos prácticos de composición que los artistas estudian con afán, que constituyen un libro inmenso cuyas gloriosas páginas, fuentes de riqueza é inspiración, son un manantial inagotable de enseñanza... Las consideraciones anteriores me han llevado, Karl amigo, más lejos de lo que yo podía esperar. Termina, pues, esta carta, primera etapa del largo camino que me resta andar. Ceñiré las cuestiones cuanto me sea posible y las redreiré á media docena de cartas para no cansarte ni á tí ni al público que las lee.

El desarrollo del arte en las demás naciones me servirá para continuar las consideraciones generales de la música.

A algunos parecerá, probablemente, pesado que para tratar de la ópera en España, tenga yo que trasladarme á Italia y recorrer el camino que anduvo la ópera desde Claudio Monteverde hasta Verdi; que luego me vaya á Alemania, y empezando por Mozart y Weber no sosiegue hasta llegar á Wagner, y que, últimamente, resuelva viajar por Francia y emprender el largo camino que hay desde Lulli hasta Meyerbeer, haciendo estación en Spontini y Gluck.

Pues bien: creo que esto es necesario para separar la cuestión que me obliga á escribirte del escabroso terreno en que intencionalmente, y por exceso de buena fé tal vez, la han colocado algunos de sus pseudo-defensores.

Hasta la próxima.

ANTONIO PENA Y GONZ.

SOLUCION

AL JEROGIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR:

La mesa y el vaso de cristal tienen 700.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

AÑO SEGUNDO.

BASES DE LA PUBLICACION.

La Ilustración de Madrid se publica los días 15 y 30 de cada mes. Cada número consta de 16 páginas, con grabados exclusivamente españoles, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Tres meses.	32 reales.
Medio año.	42 »
Un año.	80 »

EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	30 »
Seis meses.	58 »
Un año.	100 »

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	85 »
Un año.	160 »

AMERICA Y ASIA.	
Un año.	240 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Cuatro Calles, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Ossery y Roig y almacén de papel del Barrio, Corredera Baja, núm. 39.

PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Tres meses las dos publicaciones.	55 res(25).
Medio año.	52 »
Un año.	100 »

EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	50 »
Medio año.	80 »
Un año.	170 »

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	200 »
Un año.	300 »

NOTA. No se servirá suscripción alguna cuyo pago no sea hecho anticipado en metálico ó sellos de correos. Agente exclusivo en las Islas de Cuba y Puerto-Rico, la imprenta de La Propaganda Literaria.